

LOS
IRRESPONSABLES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

por

JOAQUÍN VALMAR



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, LIBRERO-EDITOR

71 - CALLE PERÚ - 81

1892



DONACION
DE
E. GARCIA VELLOSO

Al laureado poeta
Sr. D. Juan José García
y Velloso.

De su muy afmo. S. S.

Joaquín Velloso

B
Buenos Aires, junio 15 de 1892.

• Comme on voit au printemps la diligente abeille
Qui du butin des fleurs va composer son miel,
Des sottises du temps je compose mon miel. »

BOILEAU.

(Discours au roi.)

LOS IRRESPONSABLES.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

PERSONAJES.

ADELA.

CAROLINA.

DON GREGORIO.

DON ANDRÉS.

EL DOCTOR LARCÍN.

EL DOCTOR TUPÉ.

MIGUEL SANTILLANA.

LUIS VIVAR.

UN CRIADO.

ÉPOCA PRESENTE.



ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala ricamente amueblada. Dos puertas a la derecha del espectador. A la izquierda dos ventanas. En el fondo dos puertas: la de la derecha comunica con el interior de la casa; la de la izquierda con el vestíbulo y la calle. En el centro de la sala una araña de luces.

La acción empieza a las nueve de la noche, y termina al día siguiente a las siete de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

ADELA Y CAROLINA, *de pie ante un espejo.*

CAROLINA.

¿Te parece bien, mamá, cómo me cae este vestido?... Caramba, siento no haberme puesto el de color de lila... Esta bata no me ajusta bien, y estoy tan rosada, ¿verdad?...

ADELA. (Arreglándola el traje.)

Si te está perfectamente, Carolina... Te hace muy lindo talle y es muy bonito...

CAROLINA.

¿Te parece?... Sin embargo, habría preferido el otro... Estoy casi encarnada... Es lástima, pero ya no tengo tiempo... Y esta rosa, ¿qué tal?...

ADELA.

Muy hermosa... Efectivamente, tienes las mejillas algo encendidas... Pásate una vez el cisne, y te aconsejo sustituyas la rosa por unas violetas...

CAROLINA.

Eso es, has acertado... Pero tú sí que estás resplandeciente, mamá... Qué traje tan elegante... y esta diadema, qué bella es... Aguarda, las hombreras hay que ensancharlas un poquitín... así... ¿ves?... ¡Ah! también es necesario un pequeño recogido en la falda...

ADELA.

Bueno... arrégla... no levantes demasiado... sí... así... (Mirando hacia la primera puerta, derecha.) ¡Ay! Ya le tenemos á don Tufos aquí... Ya viene tu tío á apestarnos la sala con su cigarro...

CAROLINA.

¿Se quedará esta noche con nosotros?

ADELA.

Ojalá que no. ¡Qué hombre insoportable y grosero! Hasta en los últimos rincones se ha de introducir...

CAROLINA.

Haz de modo que se vaya, mamá, ¿quieres? Ya sabes la tirria que le tiene á Luis, y cuánto el pobre sufre con sus impertinencias. La otra noche...

ADELA.

Calla, que ahí llega... Si te dirige la palabra, contéstale *sí*, *no*, ¿sabes? como de costumbre...

CAROLINA.

Y tú haz lo posible...

ADELA.

Cállate...

(Aparece don Andrés en la primera puerta, derecha.)

DON ANDRÉS. (En la puerta.)

¡Hola!... ¡Qué transformación!... (Entra fumando. Mientras permanece en la escena echará á cada instante bocanadas de humo.)

ESCENA II.

DICHOS, DON ANDRÉS.

DON ANDRÉS.

¡Qué mona estás, Carolina!... ¡Y qué bonito vestido!...
Obra tuya... Supongo, ¿eh?...

CAROLINA. (Con frialdad.)

No: le hizo la modista.

DON ANDRÉS.

¡Ah!... ya... la modista...

ADELA. (Aparte.)

Para inquisidor no tiene precio...

DON ANDRÉS.

Y el de mi amable cuñada, ¿también salió de manos de
la modista?... Supongo... como es tan hermoso...

CAROLINA. (Disgustada.)

Sí, madama Monegó, nuestra modista.

DON ANDRÉS. (Con malicia.)

¡Ah! Conque madama... Y sobre esto, ¿qué dice mi her-
mano? Se alegrará mucho... ¿eh?...

ADELA. (Aparte. Sentándose.)

¡Pero qué hombre inaguantable! Ya no se puede sufrir...
He de tomar alguna medida, porque de otra manera...

CAROLINA. (Con fastidio.)

Papá no dice absolutamente nada. Él no se ocupa de ves-
tidos ni de modistas, sino de los asuntos serios en que inter-
vienen los hombres...

ADELA. (Grave.)

¡Carolina!...

DON ANDRÉS. (Paseando.)

¡Ja, ja, ja!... Serios... ¡Muy serios!..

ADELA. (Hácele indicaciones á Carolina de que calle.)

Y usted, Andrés, ¿nos hará compañía esta noche?

DON ANDRÉS. (A Carolina, volviendo.)

En asuntos muy graves pasa el tiempo tu padre; tan graves, que no entiende de ellos ni jota. Ahí le dejo disputando con Miguel sobre el informe del doctor Larcín. ¡Magnífico! ¡Estupendo! ¡Qué erudición! ¡Qué pasmo! dice á cada momento, y después se queda con la boca abierta, como asombrado de lo que ha dicho. Entretanto, sus rentas disminuyen cada día más en fiestas y fruslerías.

CAROLINA. (Enojada.)

En lo que hace perfectamente. Para eso tiene fortuna, para disfrutarla. Las personas ricas tienen derecho á gastar su dinero en devaneos...

ADELA. (Seria, á Carolina.)

Cállate, Carolina... Anda, tráeme un pañuelo del tocador... (A don Andrés, con voz suave.) ¿Se quedará usted esta noche con nosotros, Andrés?...

CAROLINA.

Y de paso me pondré un poquito de polvo... (Aparte.) ¡Grosero! Ni á las señoras respeta. (Vase.)

ESCENA III.

ADELA, DON ANDRÉS.

DON ANDRÉS.

Acaba de decirme Gregorio que vendrán sus amigos los doctores Larcín y Tupé... y además ese jovencito...

ADELA.

Luis Vivar.

DON ANDRÉS.

Vivar... Yo, no, señora, me marchó en seguida. Conozco me es imposible alternar con personas tan sabias y distinguidas como las que frecuenta mi hermano, y...

ADELA.

Como le corresponde. Usted sabe que Gregorio desde hace algún tiempo se ha dedicado á la política, y que en breve será elegido diputado...

DON ANDRÉS.

Lo sé, señora, merced á la amistad que le profesa el doctor Tupé. . Lo que no sé es la figura que hará mi hermano, si le nombran diputado. Un hombre que ha pasado toda su juventud cuidando animales, tratando con gente del campo y sin más lectura que los diarios y tal cual obrilla que á escondidas lee, me parece ha de hacer tristísimo papel en el respetable recinto de las leyes... Supongo, ¡eh!...

ADELA.

Supone usted mal. No tienen sus amigos esa opinión respecto á las condiciones en que se halla mi esposo para ser diputado. La otra noche no más, Tupé nombró á varios que se encuentran en peores circunstancias que no él, y hacía notar lo que usted no toma en cuenta, esto es, el natural desembarazo y la viveza de imaginación que posee para tratar ciertas cuestiones; lo cual, otras personas, sólo adquieren á costa de muchos esfuerzos y rudos trabajos intelectuales.

DON ANDRÉS.

Ello será así, señora. ¡Lo dice el doctor Tupé! (Con intención.) En cuanto á mí, á pesar de mis cortos alcances, creo le aprovecharía mejor cuidar de sus intereses y, sobre todo, de su casa...

ESCENA IV.

DICHOS, CAROLINA.

CAROLINA. (Le da un pañuelo.)

Toma, mamá.

DON ANDRÉS.

Pero no he venido á hablar de estas cosas con usted, mi

amable cuñada. Demasiado se lo tengo dicho ya á él, en los pocos días que llevo de permanencia aquí. He venido solamente á suplicarle á Carolina me diga adonde ha puesto mi sombrero, que no puedo encontrar.

CAROLINA.

Donde debe de estar, en la perchera. Como usted le arrojó sobre la mesa cuando íbamos á comer...

DON ANDRÉS.

Pues entonces me marchó... También tengo mi tertulia, señora... No de buen tono cual la de ustedes, es cierto; pero allí estoy yo como pato en el agua. Se toma mate amargo y se fuma cigárro negro.

ADELA. (Aparte. Con repugnancia.)

¡Qué asco! ¡Puf!...

CAROLINA. (Aparte. Con repugnancia.)

¡Ah!...

DON ANDRÉS.

Toda es gente campechana, al modo que en mi pueblo. El auxiliar, el oficial de guardia, dos ó tres amigos, y á las veces el comisario, que fué mayordomo de mi estancia... Bueno, que se diviertan ustedes... (Hace que se va, y vuelve. A Carolina.) Por de contado que esta noche estarán muy arrimaditos los dos, como la otra vez... Supongo... ¡eh!...

ESCENA V.

ADELA, CAROLINA.

ADELA. (Excitada. Levantándose.)

¡Por fin!... Ya no se puede soportar este hombre aquí... Sí, aunque sea necesario despedirle... Basta de consideraciones.

CAROLINA. (Acongojada.)

Le ha dado por decirme unas majaderías... y aun cuando sea mi tío, no tiene derecho...

ADELA. (Abriendo una ventana.)

¡Puff!... Ha dejado la sala apestada. . (Acercándose a Carolina.)
Cálmate... Luego he de hablar con tu padre... (La besa.) Ahora
sí que estás bien... mírate en el espejo ..

CAROLINA. (Ante un espejo.)

No me parece...

(Entra un criado.)

CRIADO.

El señor Vivar.

ADELA.

Hazle pasar.

(Vase el criado. Adela cierra la ventana y después se sienta en un sofá.)

CAROLINA.

¡Luis!... ¡Ay!... Yo que creía poder arreglarme ahora...

(Se sienta al lado de Adela.)

ESCENA VI.

ADELA, CAROLINA, LUIS.

LUIS.

Señora... ¿Cómo está usted? ¿Está usted buena? Señorita
Carolina...

ADELA.

Buena noche, Vivar... Sin novedad.

CAROLINA.

¿Cómo está usted, Vivar?...

LUIS.

Perfectamente. Y su esposo de usted, señora, ¿se halla
bien?

ADELA.

Bueno... Siéntese usted.

CAROLINA.

Está en el comedor con Miguel... Mi primo Miguel San-
tilana...

ADELA.

¿Le conoce usted? (A Carolina.) Avísale á tu papá que ha venido. Vivar

LUIS. (A Adela.)

No, señora; no tengo el gusto de conocerle... (A Carolina.) Pero, no le moleste... Tal vez se halle ocupado con ese caballero...

CAROLINA. (Levantándose.)

Todo lo contrario... Es una necesidad sacarle del comedor... hace unas sobremesas interminables...

ESCENA VII.

ADELA, LUIS.

LUIS.

¿Y don Andrés? Siempre malhumorado...

ADELA.

Acaba de salir... Él permanece poco en casa; tiene sus relaciones...

LUIS.

Y su estadía en Buenos Aires, ¿será larga?

ADELA.

Tal vez menos de lo que se propuso... Habiendo terminado su cometido, que era el dar cuenta á Gregorio de la venta de algunas haciendas, no tiene ya objeto su permanencia aquí...

LUIS.

Sí... sí... ¿para qué?

ESCENA VIII.

ADELA, CAROLINA, LUIS.

CAROLINA.

Ya viene papá, con Miguel... (Sentándose.) Les encontré

charlando todavía sobre ese criminal que ha estudiado el doctor Larcín... Yo no sé por qué discuten tanto los hombres cuando no consiguen entenderse nunca...

LUIS.

Verdad... Verdad... ¿Para qué?

ADELA.

Dicen algunos periódicos que es notable el informe de Larcín; mucho le elogian... ¿Usted le habrá leído, sin duda?

LUIS.

No, señora... Como únicamente leo en los periódicos lo referente al comercio y á los negocios... Tengo tan poco tiempo desocupado...

ADELA.

¡Qué crimen espantoso!

CAROLINA.

Ahí llegan... Parece que no han terminado aún...

(Aparecen don Gregorio y Miguel.)

DON GREGORIO. (En la primera puerta, derecha; á su lado Miguel.)

No, sobrino; no me convences. Aduces unas razones por demás extravagantes y anticuadas. Yo no las puedo admitir; no las admito...

(Entran.)

ESCENA IX.

DICHOS; DON GREGORIO y MIGUEL. ●

DON GREGORIO. (Adelantando.)

¡Hola, caballerito! ¿Cómo va ese valor? Sea usted bien venido...

LUIS.

Señor don Gregorio... (Le estrecha la mano, saluda á Miguel con una inclinación de cabeza, y éste le contesta de igual modo) Caballero...

MIGUEL.

Caballero...

DON GREGORIO.

¡Qué!... ¿No se conocen ustedes? Pues yo creía... Mi joven amigo Luis Vivar... Mi sobrino Miguel Santillana...

MIGUEL.

Caballero, tengo mucho gusto en conocer á usted.

LUIS.

Celebro conocer á usted, caballero..

DON GREGORIO.

Cierto... (Sentándose.) Como este muchacho nos visita una vez al año, cuando llega Andrés...

MIGUEL.

No, tío...

DON GREGORIO

¡Chis!... Siéntense ustedes... Aquí tienes, sobrino, al hijo de un buen amigo mío, finado ya... de don Bonifacio Vivar, el hombre de negocios más emprendedor que he conocido... ¡Y tan desgraciado!... Figúrate que en un año le declararon insolvente tres veces... mas no al uso de hoy, has de saberlo... Porque, eso sí: ante todo el honor; y él era honrado á carta cabal... Lástima que su época no fuera de grandes empresas, ni de mayor movimiento comercial... ¡Oh! si su padre de usted hubiese alcanzado estos tiempos, amigo mío, ¡otro gallo le cantara!... quiero decir que no tendría usted necesidad de devanarse diariamente los sesos, para llegar á la posición que anhela... (Tose.)

LUIS.

Gracias, por el recuerdo que hace usted de mi padre, señor don Gregorio. Por lo que hace á mis trabajos, si bien es cierto que...

ADELA.

No es tanto como supones, Gregorio. Yo creo que hace

perfectamente bien en trabajar, siquiera sea demasiado, pues así asegura su porvenir. El trabajo es muy recomendable en un joven...

DON GREGORIO.

¡Si yo no digo lo contrario, Adela!

LUIS.

Sí... naturalmente... A la verdad que si no miramos ahora... después... es claro... ¿para qué?

DON GREGORIO.

Y aquí tiene usted, Vivar, al hijo de mi primo Juan Santillana; otro que hubiera sido un gran hombre, á no ser por...

MIGUEL. (Incomodado.)

¡Pero, tío!...

DON GREGORIO.

¡Oh! no me interrumpas... Á ello voy.. Tienes el mismo defecto que tu padre: ¡eres terco!

MIGUEL. (Sonriendo.)

Como á nadie interesa...

DON GREGORIO.

Hace poco te lo hacía notar... Y, á propósito... ¿qué ocurrencias las de este muchacho! Sepan ustedes que ha pretendido sostener que el luminoso informe de mi sabio amigo el doctor Larcín, es un manojito de absurdos... Un informe ensalzado por las personas más ilustradas de Buenos Aires... ¡Háganme ustedes el favor!...

MIGUEL.

Le repito que está equivocado... Las personas más competentes en esas materias...

DON GREGORIO

Cuatro muchachos como tú. .

MIGUEL.

Déjeme proseguir... Voy á citar...

DON GREGORIO.

Volveremos á lo de hoy... ¡Vaya unas razones!...

ADELA.

Pero, Gregorio, las tendrá... No es él sólo, tampoco... Tú mismo le has oído decir á Larcín que dos periódicos le han atacado rudamente...

DON GREGORIO.

¡Pataratas, mujer, pataratas!... ¡Atacar al doctor Larcín!.. Medrados están los tales papelotes... (A Miguel.) Ya te darás por vencido, cuando venga el doctor... No seas terco.

MIGUEL.

No lo soy; al menos así lo creo... ¿Por qué ha de convenirme el doctor Larcín? Sí, señor: sostengo que es una teoría absurda... Eso sí, presentada con visos de verdadera... con aspecto convincente... envuelta en elegante ropaje literario...; por medio de lo cual consigue extraviar á las gentes noveleras que se precian de seguirla... como seguirían cualquiera otra. Sabido es que las teorías más estrafalarias encuentran adeptos. Los ejemplos abundan. Estas razones, además, influyen poderosamente en las personas sin cultivo intelectual á quienes seduce la engañosa apariencia de las cosas.

DON GREGORIO.

Te veo, te veo... Eres lo mismo que tu padre. Siempre salía con iguales pamplinas... No tienes preparación, te falta estudio... ¡Lindas razones!...

MIGUEL.

Con eso no me dice usted nada.

DON GREGORIO.

Porque eres un terco... ¡Lindas razones!... (A Luis.) ¿Y su

opinión de usted, amigo Vivar? Me alegraría saber que no sigue usted la misma corriente que este muchacho... que no sustenta ideas tan retrógradas é inhumanas...

MIGUEL.

¡Inhumanas! Pues las sustento, sí, señor, y á mucha honra... ¡Inhumanas! ¡Qué desvarío!

LUIS. (Tosiendo.)

¿Yo, señor don Gregorio?... Este... en este momento .. sí... acabo de decirle á la señora... que efectivamente yo no...

DON GREGORIO.

Bien. Muy bien. No tema usted decirlo. Serénese usted. El orador, para exponer bien sus pensamientos y expresarlos con claridad, debe conservarse sereno... ha de ejercer dominio sobre sí propio. Veamos ahora. (Tose.)

LUIS.

Es que... yo, don Gregorio... hace un instante... antes de que llegara usted...

CAROLINA.

Pero, papá... Si Vivar no está enterado de lo que tú le preguntas...

DON GREGORIO.

No digas eso, niña; no le pongas en ridículo... ¿Cómo no ha de saber expresarse este joven? Dotes naturales no le faltan... ¡Qué tontería! Veamos, pues...

ADELA.

Verdad es. Antes de venir tú...

LUIS.

Ciertamente... Debo confesarle, señor don Gregorio...

DON GREGORIO.

Comienza usted bien, joven... Prosiga... prosiga... A los jó-

venes es necesario animarles, infundirles el aliento de que carecen...

CAROLINA.

Si no ha leído el informe, papá... ¿cómo ha de contestarte?

DON GREGORIO. (Exaltado.)

¡Cómo!... ¿Es posible que ignore? ¿Qué me dices?

ADELA.

Te lo estamos diciendo hace rato.

LUIS.

No he tenido el placer de leerlo...

MIGUEL.

Si mi tío no deja hablar...

DON GREGORIO. (Se levanta accionando.)

Hé aquí un caso palpable que me hacía notar el doctor Tupé: la juventud de hoy está perdida; no sabe nada. Se le pregunta á un joven sobre la cosa más trivial y corriente, y... resulta que la desconoce por completo. ¡Ah! si no fuera por los hombres maduros y de buena voluntad!... Por nosotros, que comprendiendo su ignorancia, no hemos querido aún cederles el puesto...

LUIS. (Compungido.)

Señor don Gregorio...

ADELA.

Creo que estás equivocado; por lo menos con respecto á Vivar... Tú sabes cuán ocupado está; que su tiempo le tiene contado...

CAROLINA.

Tiene razón mamá. No se puede repicar y andar en la procesión.

MIGUEL.

Yo también creo está en error... No me refiero al señor, á quien recién he tenido el gusto de conocer...

LUIS. (Saludando.)

El gusto ha sido para mí, caballero...

MIGUEL.

Me refiero á la juventud en general...

DON GREGORIO.

¿No ven con lo que sale? ¡Ya me lo imaginaba yo!

MIGUEL.

¡Pero si no me deja hablar una sola palabra!

DON GREGORIO.

Porque son bachillerías y nada más. Tenía razón el doctor cuando me decía: estos muchachos de hoy no ven á cuatro palmos de sus ojos: están ciegos. Yo doy gracias á Dios al ver hombres de tanto seso como usted, don Gregorio, pues si no, estábamos perdidos.

MIGUEL. (Sonriendo.)

¿Y usted qué le contestó?

DON GREGORIO.

¡Le estreché entre mis brazos, confundido!...

MIGUEL (Sonriendo.)

¡Bravo!... Pero volviendo á la cuestión...

DON GREGORIO.

La cuestión, en dos palabras, es ésta...

MIGUEL.

Veo que es de todo punto imposible decir nada. Me callaré. (Va á sentarse al lado de Adela, con quien conversa hasta que le habla don Gregorio.)

LUIS. (Saludando.)

La señora y la señorita que han tenido la bondad de interceder por mí...

DON GREGORIO.

Queda usted disculpado... Noto, acabo de notar, en la regular implantación de sus orejas, que usted no sigue la corriente perniciosa que mi sobrino... Muy bien. Voy á imponer á usted, breve y sucintamente, cual conviene hacerlo, del grave asunto de que se trata... Perfectamente. (Tose.) Escuche usted.

LUIS.

Con la mayor atención, señor don Gregorio... (Aparte.) ¡Ay! ¡el *solo* número cien!...

DON GREGORIO.

El lunes de la pasada semana, á las nueve y tres cuartos de la noche, el dueño de la casa de cambio situada en la calle de la Piedad, cerca del Banco Inglés, fué bárbara y atrocemente asesinado por su dependiente, el cual, una vez consumado el crimen, se apoderó de los valores que en las cajas había, fugando inmediatamente...

LUIS.

¡Qué salvaje!

CAROLINA.

¡Qué horror!

(Adela y Miguel se levantan y pasean mientras dura el relato de don Gregorio.)

DON GREGORIO.

Escuche usted. (Tose.) Muy bien. Noticiada que fué la policía de este sangriento suceso, tomó incontinenti las medidas necesarias para aprehender al criminal, según es de práctica en casos tales, y tuvo la habilidad, ó la fortuna, de dar con él al día siguiente á las ocho en punto de la mañana... ¿Sabe usted adónde? ¡Asómbrese usted! En su propia casa, recostado en un sofá y jugando tranquilamente con uno de sus hijos, como si tal cosa... La mujer le preparaba en ese instante el desayuno...

LUIS.

¡Qué audacia! ¡Qué insensibilidad!...

CAROLINA.

¡Ay! me da miedo...

DON GREGORIO.

Perfectamente. (Tose.) Una vez aprisionado, exigiéronle las declaraciones de costumbre, y... ¿qué se figura usted que contestó el muy pillastre?... Negó su delito; protestó enérgicamente del robo y el crimen que se le imputaba; dijo, á gritos, que hacía tres días no iba á la oficina; que era un hombre honrado; que podía presentar testimonios de personas honorables, etc., etc.: lo que acostumbran á decir los pícaros en el primer momento...

LUIS.

¿Y después?

DON GREGORIO.

Escuche, escuche usted. (Tose.) Muy bien. Luego, su ánimo decayó muchísimo y permaneció sin hablar, sombrío, febricitante: le dominaba un profundo abatimiento. Mi ilustrado amigo el doctor Larcín fué nombrado para reconocer al delincuente. Pasando por alto ciertos detalles, que no afectan en modo alguno á lo esencial, entremos ahora en la cuestión. Perfectamente. (Tose.) Conoce usted ya los antecedentes que le he explicado breve y sucintamente cual convenía hacerlo. Muy bien. (Tose.) El doctor Larcín le examina, le mide la circunferencia craneana, la semicircunferencia, la altura de la cara, los pómulos, las mandíbulas, la capacidad orbital, el hoyuelo occipital, los índices vertical, frontal, mandibular, nasal, céfalo-espinal y varias otras cosas más; y veinticuatro horas después presenta su informe declarándole irresponsable del crimen cometido, fundándose en la sabia y humanitaria doctrina científica que ha inmortalizado al sabio más ilustre de este siglo, ¡al gran Lombroso!... (A Carolina.)—Querida, hazme traer un vaso de agua.

CAROLINA. (Levantándose)

Me ha impresionado de tal modo su relación, papá...
¡Ah!.. (Vase.)

LUIS.

¡Qué barbaridad!

ESCENA X.

DON GREGORIO, LUIS, MIGUEL, ADELA.

DON GREGORIO.

¿Cómo?... ¡Afirma usted!!...

LUIS. (Con prontitud.)

No, señor, nada... Recuerdo los pormenores del crimen... de ese crimen horrendo que nos ha relatado usted, señor don Gregorio... No, no he afirmado nada, pero lo puedo asegurar... (Aparte.) ¡Si no sé lo que me digo!...

DON GREGORIO.

No esperaba menos de usted.. Adivino sus pensamientos, joven amigo mío... Veo que es usted de los nuestros...

LUIS.

¡Con todo el entusiasmo de mis veinticinco años!... (Aparte.)
¡Me ha mareado el vejstorio!...

DON GREGORIO. (Radiante.)

Déme usted esos cinco... (Le estrecha la mano.) Es usted un mozo aprovechado y de muchas esperanzas, digno hijo de su padre. Le felicito... Le felicito... (Va al encuentro de Miguel que pasea en un extremo con Adela.)

LUIS. (Aparte.)

¡Y después dicen los muchachos en el club que es la cosa más fácil casarse con una rica heredera! ¡Canastos!!...

DON GREGORIO. (A Miguel.)

Atiende, muchacho terco, atiende... Aquí tienes otra opinión autorizada... y es más joven que tú...

LUIS. (Aparte.)

¿A que me agarra el otro por su cuenta?...

MIGUEL. (Volviendo con don Gregorio.)

¿Autorizada?... (Sonríe mirando a Luis, el cual se levanta y va hacia Carolina que llega con el agua.)

ESCENA XI.

DICHOS, CAROLINA.

LUIS. (A Carolina.)

Mi pichoncita...

CAROLINA. (Despacio. A Luis.)

¡Calla!... (Alto.) He tenido que traerla yo .. (Luis le toma la bandeja y entrega el agua a don Gregorio.)

MIGUEL. (Con desdén.)

Le habrá convencido usted... Me alegro mucho... ¿y qué?

DON GREGORIO. (Devolviendo la copa.)

¿Y qué? ¿Y qué? Vamos á ver, ¿y qué?

MIGUEL. (Sonriendo.)

Que la opinión del señor...

DON GREGORIO. (Exaltado.)

Vale más que no la tuya, y es la de toda persona sensata: la de todo Buenos Aires... ¿oyes? menos la de esos dos periodistas ignorantes, porque los dos, has de saberlo, son unos brutos!!... (Al pronunciar las últimas palabras aparecen en la puerta del fondo, izquierda, Larcín y Tupé, quienes se detienen sorprendidos, sin atreverse á entrar Don Gregorio los ve y corre á ellos lleno de satisfacción):— ¡Mis amigos queridos! ¡Mis sabios compañeros! Llegan ustedes á tiempo... Pasen, pasen ustedes...

MIGUEL. (Aparte.)

No podían llegar más oportunamente...

LUIS. (A Carolina.)

¡Coincidencia singular!...

ESCENA XII.

DICHOS, LARCÍN Y TUPÉ.

ADELA.

Adelante, señores doctores...

DON GREGORIO.

Me encuentran sofocado...

TUPÉ y LARCÍN.

A los pies de usted, señora... Beso á usted la mano, señorita... Amigo Vivar... ¿Cómo así, señor don Gregorio? (A Miguel.) Caballero...

ADELA. (Saludando.)

Buenas noches, doctor Tupé... Doctor Larcín...

CAROLINA.

Les esperábamos á ustedes...

LUIS. (Saludando.)

Bien... ¿Cómo está usted?

MIGUEL. (Saludando.)

Señores...

DON GREGORIO. (Sentándose.)

Siéntense ustedes... Estaba empeñado en tenaz batalla con este tenaz caballerito... (Indicando á Miguel. Al verlo de pie se levantan Larcín y Tupé.)

TUPÉ.

Sospecho que se trata de asuntos graves...

DON GREGORIO.

¡Ah! No había reparado... Ustedes no conocen á mi sobrino... Pues bien: Mis ilustrados amigos el doctor Sansón Tupé... el doctor Pascual Larcín... Mi sobrino Miguel Santillana, periodista... (Se saludan, y después toman asiento.) Tratábamos del informe del señor doctor... Nos hallábamos engolfados en una importantísima discusión...

(Adela, Corolina y Luis se separan y van á colocarse en el extremo opuesto de la sala.)

MIGUEL.

Precisamente discusión no era, señores... Conversábamos...

DON GREGORIO.

Sabía que me ibas á corregir... Discutíamos, sí, señores. discutíamos... Yo sostenía la tesis que desenvuelve mi docto amigo en su luminoso informe, acerca de la irresponsabilidad del asesino...

MIGUEL.

Pero, señor...

DON GREGORIO.

Otra vez... Déjame terminar... del asesino y ladrón, que mi ilustre amigo...

LARCÍN. (Con gravedad.)

¿El señor es tal vez contrario á la nueva y humanitaria escuela antropológica, que tiene por jefe al sabio del siglo, al doctor Lombroso?

DON GREGORIO.

Lo propio le he dicho yo.

MIGUEL.

Le diré á usted, señor doctor. Hace poco, de sobremesa, mi tío leyóme el extenso y bien redactado informe, á cuyo autor tengo el agrado de contestar, y le hice algunas observaciones respecto á los fundamentos de la teoría de Lombroso... No soy partidario de ella, señor.

TUPÉ. (Ap. A don Gregorio.)

¿Es acaso este caballero el autor de aquel artículo insultante, procaz?

DON GREGORIO. (A Tupé.)

¡Qué ha de ser!... Si es el muchacho más terco...

LARCÍN.

¿El señor es abogado?... ¿Ha dejado recién las aulas?

MIGUEL.

Cáezco de título académico.

TUPÉ.

No obstante, veo que encuentra usted bien redactado el informe... Tal me parece á mí, y apostaría que, á pesar de su extensión, sería difícil trocarle una sola frase por otra más expresiva...

(Larcín le mira fijamente.)

MIGUEL.

¡Oh! en orden á eso, sí, señor; mas por lo que hace á la nueva escuela que llaman humanitaria Lombroso y sus discípulos, no. Sin necesidad de remontarse...

DON GREGORIO.

¿Lo ven ustedes? Comienza negando la necesidad imprescindible de remontarse al origen de la especie.. De antemano has perdido la cuestión.. Yo te lo anuncié... ¡Ja, ja, ja!...

MIGUEL. (Con fastidio.)

Juzgo imposible poder continuar, señores...

DON GREGORIO.

Y procedes acertadamente... ¡Ahí está!... Aplaudo tu rendición... (A Tupé.) La juventud de hoy no piensa, no sabe nada... ¡Bizarra manera de argumentar!...

TUPÉ. (Haciéndole señales con muestras de alegría.)

Pero, déjele usted terminar, don Gregorio...

LARCÍN. (Con afectada gravedad.)

Sí, no le interrumpamos .. ¿Conoce usted acaso los escritos de Tonnini, Marro, Corre, Sourry?

TUPÉ.

¿De Likaceff, Minzloff y Kolokoloff?

MIGUEL. (Sonriendo.)

No conozco esos autores...

LARCÍN. (Muy grave.)

Perfectamente. Muy bien.

DON GREGORIO. (Asombrado.)

¡No conoce á nuestros conmlitonés!...

MIGUEL. (A Larcín.)

Una de las consecuencias de la teoría materialista que usted prestigia, es, señor, la negación de la libertad moral. Pues bien, desearía...

LARCÍN. (Con prontitud.)

Voy á probarle á usted... (Tapé se levanta y se acerca á Adela que se ha separado de Luis y Carolina.) La investigación científica de Lombroso ha puesto á toda luz el origen y la evolución de nuestras ideas y de nuestros sentimientos...

DON GREGORIO.

Innatas hoy en la mayor parte de los civilizados. El primer móvil que ha suscitado en la conciencia de nuestros salvajes antepasados...

MIGUEL. (A Larcín.)

Dejaremos para otra vez, señor... Otra vez tendremos ocasión...

LARCÍN.

Por lo contrario. Usted se ha referido á la libertad moral. Muy bien. Debemos continuar, señor Santillana. Voy á probarle á usted breve y sucintamente cual conviene hacerlo. Perfectamente.

MIGUEL.

Señor...

LARCÍN.

A ello voy... Esas son doctrinas metafísicas que ha arrinconado el progreso de la ciencia, encauzando en su marcha la conciencia antes holgada de jueces y legisladores. A pesar de los hechos que protestan ruidosamente, como en el caso del asesino á quien tuve el placer de examinar, ustedes sostienen que el hombre se halla libre, en todo momento libre, de ejecutar ó no tal ó cual acto... En el minucioso é ingenioso libro del doctor Lombroso...

DON GREGORIO.

Que semejante al humilde insecto que transporta sin saberlo el polen fecundante...

MIGUEL. (Levantándose.)

No entiendo ni jota de lo que ustedes dicen. (Aparte.) Será mejor que me marche. No hay modo de aguantar tamaños disparates.

(Levántanse Larcín y don Gregorio.)

LARCÍN. (A don Gregorio.)

Déjeme usted continuar, don Gregorio... (A Miguel.) Oiga usted... Ya termino... oiga usted. .

MIGUEL.

¡Por favor!...

DON GREGORIO.

Adivino lo que vas á decir...

(Juego de escena. Larcín y don Gregorio accionan un instante hasta que vuelve á sentarse Miguel dando muestras de fastidio. Entretanto, Luis y Carolina empiezan el diálogo. Adela y Delgado se hallarán sentados á la izquierda, segundo término.)

LUIS.

¿Y me amarás siempre, siempre?...

CAROLINA.

Toda la vida, Luis...

LUIS.

¡Me haces tan feliz, Carolita!... ¡Ay!... ¿Por qué no me das la flor? Deseo conservarla como dulce recuerdo de esta noche...

CAROLINA.

¿No nos ven?

LUIS.

Nadie nos mira... (Carolina desprende la rosa que tiene en el cabello y se la entrega.) Yo, en cambio te ofrezco este *bouquet*... (Le da un ramito que lleva en la levita.) ¿Le guardará?

CAROLINA.

Como un tesoro, para recordarte si...

LUIS.

¡Qué ocurrencia!

CAROLINA.

Son tan mentirosos los hombres... Pura doblez...

LUIS.

Pero no yo, mi pichoncita querida... Entonces, mañana, á las nueve, en el balcón...

CAROLINA.

Sin falta, como todos los días.. ¡Ay! no pases tan de prisa... tienes un caballo muy ligero...

LUIS.

Le manejaré yo, y le haré detener un momento. . (Se levanta.)

CAROLINA.

¿Te vas? ¡Qué pronto! Aun es temprano...

LUIS.

Me esperan en el club, para contestarme de un negocio de mucha importancia... ¡Ah! si le realizo, dentro de tres meses, monona...

CAROLINA. (Levantándose.)

¡Ojalá!... Bueno... Cuidado con olvidarse del saludo de despedida... desde la acera de enfrente... (Acércase á la ventana.)

LUIS.

No temas... (Aparte.) Decididamente que me favorece esta noche la suerte... Nombró el caballo... ¡al caballo! Será la cábala... Ni sotas, ni reyes... (Va hacia el grupo que forman don Gregorio, Larcín y Miguel, quienes le estrechan maquinalmente la mano. Carolina le sigue.)

MIGUEL.

Ustedes consideran al hombre como á una bestia...

LARCÍN.

El elemento interno es una ficción... El germen de la infracción ciiminososa...

DON GREGORIO.

¡El protoplasma!

MIGUEL.

La teoría de Lombroso sí que podría llamarse ficción... ficción científica... Más todavía: ¡una tentativa inmoral!...

LARCÍN.

Su carácter impulsivo... La voluntad que sólo es el efecto de una corriente nerviosa...

DON GREGORIO.

¡Pacato! ¡Estacionario!

ADELA.

Adiós, Vivar... No nos olvide usted... Ya sabe cuanto le apreciamos...

TUPÉ.

Siempre á la disposición de usted...

CAROLINA.

Hasta pronto...

ESCENA XIII.

TUPÉ, ADELA, DON GREGORIO, LARCÍN y CAROLINA. Ésta se acerca á una de las ventanas, permanece un momento, y después vase.

TUPÉ.

Abroquelada por mi discreción reconocida, Adela... El paisaje es encantador, poético... ¿Írá usted?

ADELA.

¡Imposible!

TUPÉ.

Don Andrés no es obstáculo de consideración...

ADELA.

Mientras permanezca aquí, sí lo es... Todo lo fisga... en todas partes se introduce... hasta creo que me sigue... No, no, imposible.

TUPÉ.

De todos modos, ha hecho usted perfectamente en comunicarme sus sospechas... Yo le alejaré... Pierda usted cuidado.

CAROLINA. (En la ventana.)

Caramba, tan pronto... No importa, como de ese asunto depende nuestra felicidad... (Suspira y vase.)

ESCENA XIV.

TUPÉ, DON GREGORIO, LARCÍN, MIGUEL, ADELA.

DON GREGORIO. (Levantándose.)

Arguyes respecto á las excepciones... Yo no admito... Es arbitrario... (Se dirige hacia Tupé.)

TUPÉ (A Adela.)

Confíe usted en mí... (Al acercársele don Gregorio.) Como todos los ignorantes, él obedece á una tendencia irresistible...

DON GREGORIO.

(Oye las últimas palabras de Tupé y se vuelve A Miguel)

Precisamente... Ha obrado en virtud de una fuerza irresistible... No quieres comprender... (A Tupé. Miguel no le escucha.) ¡Qué terco y orgulloso es este muchacho!...

ADELA. (Ap. Cruzando la escena.)

Ahora ya estoy tranquila... (Vase.)

ESCENA XV.

TUPÉ, DON GREGORIO, MIGUEL, LARCÍN.

TUPÉ.

Que el orgullo es el complemento de la ignorancia, lo ha dicho un sabio, mi querido don Gregorio...

DON GREGORIO.

¡Bien dicho! ¡Hermoso párrafo!... A propósito... ¿Habló usted con el que maneja los títeres?

TUPÉ.

Si, mi insigne amigo; y de sus propios elocuentes labios oí la anhelada frase que aguardábamos: ¡será usted diputado!...

DON GREGORIO.

¡Mi mayor amigo!... Permítame usted que le estreche en mis brazos... (Se abrazan.)

TUPÉ.

Pero.. Hay un pero, don Gregorio... el cual he de decírselo á usted, aun cuando los más puros sentimientos de mi corazón... Poca cosa, insignificante...

DON GREGORIO.

¿Qué es?...

ESCENA XVI.

DICHOS, DON ANDRÉS.

DON ANDRÉS. (En el centro de la sala.)

¿Se puede? Con permiso... ¡Noticia de bulto, señores! Vengo de la comisaría...

(Todos vuelven la cara hacia él.)

DON GREGORIO. (Con enojo.)

¡Vaya una novedad la tuya, hombre!

TUPÉ. (Aparte.)

¡Imbécil! Hacerme perder la ocasión...

DON ANDRÉS.

Interesantísima; y tanto, que por eso me he atrevido á molestarles... Se trata del asesino.

DON GREGORIO. (Con extrañeza.)

¿Del asesino?

(Miguel y Larcín se levantan.)

LARCÍN.

¿Tal vez ha muerto?

DON ANDRÉS.

¡Qué! Si se halla en vísperas de recobrar su libertad.

LARCÍN. (Riendo.)

¡Ja, ja, ja!.. Tiene gracia...

DON GREGORIO. (Riendo.)

¡Hombre! A la verdad que es interesante tu noticia... ¡Ja, ja, ja!...

DON ANDRÉS. (Con asombro.)

Pero...

TUPÉ. (Aparte.)

¡Chasco se lleva!... Ha querido sorprenderme con Adela...

MIGUEL. (Acercándose a don Andrés.)

A ver, explíquenos, tío...

DON ANDRÉS

Claro está: á eso vengo. Después de comer, según mi inveterada costumbre...

DON GREGORIO.

Ya lo sabemos. Saliste á caminar; fuiste á la comisaría, ¿y?...

DON ANDRÉS.

Y nos hallábamos conversando y tomando mate, según nuestra inveterada costumbre...

DON GREGORIO.

Al grano... Al grano...

DON ANDRÉS.

Cuando apareciendo el comisario inesperadamente...

MIGUEL. (Sonriendo.)

Según su inveterada costumbre...

DON ANDRÉS.

Nos dice: Amigos, gran noticia. Vengo de la Jefatura... Se ha descubierto al verdadero asesino del cambista... —¿Cómo? exclamamos; ¿no está convicto el dependiente? ¿Se trata de otro crimen?—No, señores, nos responde, me refiero al mismo. Ha habido una seria equivocación: el empleado es inocente. El culpable es un joven corredor de bolsa que mantenía relaciones con la víctima.—Preguntámosle entonces cómo se llamaba: pero él se rehusó á decirnos su nombre en aten-

ción á la reserva que era necesario mantener. Ya ven, señores, que no hacía mal en calificar de importantísima á la noticia.

DON GREGORIO.

¡Pataratas! ¡Pataratas, Andrés!... Te han engañado como á un bodoque...

LARCÍN.

Perdóneme usted; mas parece que su relato no es más que una fábula inventada quién sabe con qué objeto y por quién...

TUPÉ (A don Gregorio.)

Por algún desocupado que gusta de burlarse de la credulidad de los necios.

DON ANDRÉS.

¡Les juro á ustedes!

DON GREGORIO.

Han pretendido reirse de tí...

MIGUEL.

Pues yo no veo nada de extraordinario en lo que ha dicho; *una seria equivocación*, es cosa de todos los días... (Dudando.) ¿Podría yo fiar en su palabra?...

DON ANDRÉS.

Cuanto digo es la verdad [pura. Por otra parte, mañana aparecerá en los periódicos.

MIGUEL.

Corro á procurarme datos... (A Larcín.) Sería divertido que después de su información, señor doctor...

TUPÉ. (Con malicia.)

Sospecho que debe de padecer un grave error el señor don Andrés... Hum... hum...

LARCÍN.

(A don Andrés.) Es indudable que se trata de otro crimen

con el cual ha confundido usted el mio... quiero decir... (A Miguel.) Respecto á mi modesto informe, caballero, he de decirle que sus fundamentos son de todo en todo exactos. No me apoyo en falsas imputaciones, cual usted se imagina... El delincuente, por su conformación craneana, el desarrollo de las mandíbulas, el índice cefálico-espinal...

DON GREGORIO.

Y el diámetro é índice vertical, el diámetro frontal y el hoyuelo occipital... ¡Se han reído de tí en tus propias barbas, mi palurdo hermano!...

(Miguel, don Andrés, don Gregorio y Larcín formarán grupo en un extremo de la sala mientras habla Tupé en el centro de la escena.)

TUPÉ.

Lo mejor es que me vaya... volveré mañana... Es lástima... hoy, que don Gregorio se halla en el mejor estado posible para entregar cualquiera suma sin reparar... He perdido las albricias... Con este patán al lado, no hay modo... (Va a coger su sombrero.)

MIGUEL.

Será como ustedes dicen...

DON GREGORIO.

¡Como el sabio más ilustre de este siglo lo asegura, terco!... (A Tupé, que se le ha acercado.) ¿Se va usted?

MIGUEL.

Nos iremos juntos, si no tiene usted inconveniente.

TUPÉ.

(A Miguel.) —Con mucho gusto. (A don Gregorio.) —Sí, don Gregorio, un asunto gravísimo reclama mi presencia en otra parte... Vendré mañana...

DON GREGORIO.

¿Me lo promete usted?

TUPÉ.

Ciertamente, para salvar aquel pequeño obstáculo... Hasta mañana, pues...

LARCÍN.

(A Miguel y Tupé.) —Les acompañaré... (A don Gregorio.) —Pase usted muy buena noche... (A don Andrés.) —Su imaginación es demasiado viva, amigo mío... ¡Cuidado con esa *irresponsable!*...

ESCENA XVII.

DON GREGORIO, DON ANDRÉS.

DON GREGORIO. (Frotándose las manos con alegría.)

¡Magnífico! ¡Magnífico!. . Al cabo hacen justicia á mis merecimientos... Se han dado cuenta de mis aptitudes...

DON ANDRÉS. (Con gravedad.)

Te aseguro, á fe de hombre honrado, que cuanto he dicho es la verdad, y celebro la partida de tus amigos, porque si me hacen hablar más... Yo sé quien es el asesino.

DON GREGORIO.

¡Qué estás ahí diciendo, tú! . ¡Son pataratas!... Te lo han probado. No seas terco. El comisario les ha referido otro crimen con el cual has confundido tú el nuestro... quiero decir... ¡Alégrate, hombre!... ¡Llevas mi mismo apellido!...

DON ANDRÉS. (Con voz fuerte.)

Ni soy terco, ni cambio ni invento nada. El verdadero criminal es un joven corredor de bolsa... Se llama Luis... Luis V... y hace un instante tenías á honor estrechar su mano miserable!

DON GREGORIO. (Con voz fuerte.)

¿Yo?... ¿Te referes á Luis Vivar?... ¡Es una infamia atroz!!...

ESCENA XVIII.

ADELA, CAROLINA, D. ANDRÉS D. GREGORIO.

ADELA. (Entrando asombrada.)

¿Pero qué sucede?...

CAROLINA. (Al ver la actitud en que está don Gregorio.)

¡Papá!

DON ANDRÉS. (Con voz fuerte.)

¡Sí, Luis Vivar, el novio de tu hija, es el asesino y el ladrón!!

CAROLINA.

¿Luis?...

ADELA.

¿Luis?...

DON GREGORIO.

¡Le calumnias torpemente!

CAROLINA.

¿Ladrón?... ¿Asesino?... ¡Ay!!... (Cae en brazos de Adela.)

ADELA. (Sosteniéndola.)

¡Hija de mi alma!!

(Corre don Gregorio á sostener á Carolina.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

[Igual decoración. — Es de mañana.

ESCENA PRIMERA.

DON GREGORIO, DON ANDRÉS. Don Gregorio sentado en un sofá, primer término; don Andrés en una butaca, segundo término.

DON GREGORIO. (Con un periódico en la mano. Aparte.)

¡Noche espantosa!... ¡Desdichada hija mía!... Cuando todo debía sonreír á su alrededor, ahora que mi posición en la sociedad se halla asentada en sólida base... por títulos indiscutibles... ¡Luis Vivar!... ¿Quién podía sospecharlo?... (Pausa breve.) Con todo y así, hasta no tener la confirmación indubitable... (Desdoblando el periódico.) Estos diarios no sirven de nada... (Lee.) «El asesino del cambista, Luis V... Para no entorpecer las activas pesquisas de la policía. . Mañana daremos los detalles complementarios»... Esto es vago: mañana... Igual que en la otra noticia... (Lee.) «Proclamación de diputados.— Esta tarde se reunirán en el comité de la calle de San Martín los electores de diputados al Congreso por el partido posibilista... La lista que ha de ser presentada en los comicios... No queremos anticipar los nombres... Mañana daremos la lista completa... etc., etc.» No dicen nada que valga el trabajo de

leerlos... (Arroja el diario.) Yo no sé para quienes escriben estos periodistas... Mañana... Mañana...

DON ANDRÉS. (Aparte.)

¡Infeliz Gregorio! ¡Cuánto te resta aún que sufrir!... Pero me falta coraje para decírselo... Y fuerza es que lo haga, pues sino soy yo... ¿Miguel? ¡No! Sería capaz de publicarlo con pelos y señales...

DON GREGORIO. (Aparte.)

¿Todo por quién?... Por un hermano ignorante que no sabe hacer las cosas como se deben... Larcín no llega... Tupé tampoco...

DON ANDRÉS. (Aparte.)

No, no... Me faltan palabras.. Me echará enhoramala... ¡Situación triste la mía!...

DON GREGORIO. (Aparte.)

Cuanto antes mejor será... A Adela también le encocora por su mala traza y sus modales incultos... Un hombre político tiene compromisos muy graves... La sociedad, además, es exigente... Claro... Le sobra razón... Hay parientes que comprometen la estabilidad de una persona respectable... ¡Arrojarles! ¿Qué se va á hacer?...

DON ANDRÉS. (Aparte.)

Cuán abatido está... No es para menos... A su edad, un golpe como este... Luego el desvelo... (Pausa corta.) ¡Si es para darse al diablo!... ¡Una señora con una hija de dieciséis años!..

DON GREGORIO. (Aparte.)

Y hasta su persona es ridícula.. Ea, que se vuelva á cuidar de mis haciendas y las tuyas... (Levantándose. Alto.) Andrés, tengo que hablarte formalmente... Acércate... Estás ahí como un ídolo embutido en el sillón, mientras yo me desespero tratando de arreglar tus torpezas... Escucha.

DON ANDRÉS. (Levantándose. Con asombro.)

¿Mis torpezas, dices?...

DON GREGORIO. (Paseándose.)

Sí; porque si no fueras un torpe; Carolina no se hallaría en el estado en que se encuentra...

DON ANDRÉS.

¿Me culpas á mí?

DON GREGORIO.

Te lo he dicho ya, y es necesario que hoy sin falta...

ESCENA II.

DICHOS, ADELA.

ADELA.

¿No ha venido aún el doctor? Me parece que Carolina continúa peor... Está por darle el ataque .. Anda tú á buscarle... Llama á cualquiera otro...

DON GREGORIO.

He mandado al criado... No te alarmes... En todo caso iré yo...

ADELA.

¡Yo no sé, Dios mío!...

Vase.)

ESCENA III.

DON GREGORIO, DON ANDRÉS.

DON GREGORIO.

¿Lo ves? Estas son las consecuencias de tus malas acciones... (Se pasea.)

DON ANDRÉS. (Aparte.)

Indudablemente le ha trastornado la enfermedad de Carolina... (Alto.) Pero, Gregorio... Me atribuyes males que no he causado... Cierto es que anoche en mi apresuramiento...

DON GREGORIO.

No te disculpo... Eres el culpable de todas las desgracias que suceden... y tan criminal como el otro. En tu frente, que bien refleja tus pensamientos, adivino las torcidas intenciones que abrigas... Eres un caso previsto... ¡Arregla inmediatamente la maleta!...

DON ANDRÉS. (Aparte.)

Sin duda... Pobre Gregorio... (Pausa corta.) ¿Habré de marcharme cuando Tupé y Adela... en el momento de mayor peligro?... (Pausa breve.) En fin... ¿qué quieres? Temprano ó tarde iba á suceder... Comprendo tu aflicción y la deploro... Serénate... El estado de Carolina no es alarmante... Larcín, tu amigo, lo ha dicho...

DON GREGORIO. (Paseando.)

Larcín no llega... Tupé tampoco... ¿Los periódicos? ¡Bah!... (Encarándose con don Andrés.) ¿Y bien? ¿No arreglas tus piltrafas?...

ESCENA IV.

DICHOS, ADELA.

ADELA.

Ha despertado... Te llama.

DON GREGORIO.

¿Despertó? Hija querida... Allá voy... (Vase detrás de Adela.)

ESCENA V.

DON ANDRÉS.

¡Quiera Dios no tenga otras consecuencias!... ¡Ah, infames!... Venir á turbar la paz de una casa honrada con sus viles arterías... ¡Qué amigos tan distinguidos!... Ladrón y asesino, uno; el otro... ¡Oh! la sola suposición me atormenta!... (Pausa breve.) Pero, me ha despedido como á un sirviente, como á un miserable... ¡Mi hermano!! . (Se sienta.)

ESCENA IV.

DON ANDRÉS, MIGUEL.

MIGUEL.

¡Hola, tío! .. Felices días... ¿Usted aquí?... ¿Qué milagro es éste?... ¿Y mi tío Gregorio? Le felicito por su triunfo de anoche... (Se vuelve á colocar su sombrero en un mueble, segundo término.)

DON ANDRÉS. (Aparte.)

¡Qué tremendos sarcasmos acomoda á veces la casualidad!... (Alto.) Espléndido, hijo, digno de las mayores alabanzas...

MIGUEL. (Sentándose.)

¡Pues ya lo creo!... Como que ha resultado lo que usted decía... Pero todavía no se conocen los detalles... En la policía guardan absoluta reserva... Sin embargo, yo he obtenido algunos datos... ¡Chasco más grande para el doctor Larcín!... ¡Y para mi tío Gregorio!... (Accionando.) La configuración, el índice, el ángulo... ¿Dónde está? Quiero contarle...

DON ANDRÉS.

Todo, todo lo sabe, desgraciadamente...

MIGUEL. (Levantándose.)

¿Cómo así? Si acabo de recoger estas noticias hace apenas media hora... No es posible... No puede ser...

DON ANDRÉS.

Y tanto, que por ello la casa se halla en el mayor trastorno... ¡Pobre Carolina!

MIGUEL. (Asombrado.)

¿Dice usted?... ¿La casa en trastorno? ¿Carolina?... ¿Y qué tiene que ver Carolina?...

DON ANDRÉS.

¿No dices que estás en antecedentes, tú?...

MIGUEL.

¡Vaya si lo estoy! Lo menos que darán son dos columnas... una para el discípulo del sabio más ilustre. Me vengaré del mal rato que me hizo pasar anoche... Lo que no comprendo es por qué Carolina...

DON ANDRÉS.

Veo que no sabes absolutamente nada... Carolina desde anoche se halla enferma, en cama... Esta madrugada vino el médico... Parece no es de cuidado...

MIGUEL.

Pobrecilla... Tan contenta, tan alegre que la dejé yo... Tal vez mi tío, ¿eh? Tiene un carácter tan raro.

DON ANDRÉS.

¡Vamos, hombre de Dios! ¿Te estás burlando de mí?

MIGUEL

¡No! Me refiero á su hermanc...

DON ANDRÉS.

¡Eres un tarambana! ¡Yo, que te suponía un muchacho listo y serio!... El autor de tanta desazón es el asesino... ese jovencito distinguido, lleno de mimos y afeites... Tu futuro primo, en una palabra.

MIGUEL. (Levantándose.)

¿Luis Vivar?...

DON ANDRÉS.

¡Y me decías que estabas en antecedentes!...

MIGUEL.

¡El asesino!... Ya comprendo... Luis V... Sí... Luis V... (Mirando el reloj.) Tengo tiempo... son las diez... ¿Probablemente Larcín trajo la noticia, oyó Carolina, y?...

DON ANDRÉS.

Fuí yo, después que ustedes se marcharon... Se lo dije á

Gregorio, no quiso creerme, me gritó, le grité... y todos se enteraron.

MIGUEL.

¡Mi tío Gregorio que le ponderaba tanto... y el doctor Larcín que no ha reparado en los tolondrones de ese ade-fesio!... ¡Famoso!... Me voy á la redacción... ¡Ah!... me olvidaba... Vivar mantenía una querida, una corista de Variedades, la cual le delató porque el perillán le negó unas alhajas que la traían loca...

DON ANDRÉS.

Y huyendo de la policía vino á guarecerse aquí...

MIGUEL.

A visitar á la novia... ¿qué tal? Luego volveré... Que me-jore Carolina... ¡Dos columnas!... ¡Una para las protuberancias del doctor Larcín!...

ESCENA VII.

DON ANDRÉS; DESPUÉS TUPÉ.

DON ANDRÉS.

No es prudente decirle una palabra á este muchacho.. Sólo en último caso... Sería capaz de escribir tres columnas: una para las protuberancias de Adela y Tupé... (Pausa breve.) ¿Quién sabe? Tal vez por el honor de su familia... (Entra Tupé por el fondo, izquierda. Al ver á don Andrés se detiene.)

TUPÉ. (Aparte.)

¿Don Andrés aquí? Seamos políticos...

DON ANDRÉS. (Aparte.)

Le tienen mareado estos zanguangos... Pero también des-pedirme á mi tan... y luego que no me creerá... y Adela con-ducirse de tal manera y tener uno que soportarlo... ¡Eh! Arre-

glaré mi maleta y suceda lo que Dios quiera... (Da algunos pasos y al ver á Tupé se detiene sorprendido.) ¡Ah!...

TUPÉ. (Adelantando con la mano extendida.)

Tenía usted razón...

DON ANDRÉS. (Esquivando la mano.)

No adivino ..

TUPÉ.

Lo sé todo...

DON ANDRÉS. (Con malicia.)

Yo también...

TUPÉ.

Por nuestro amigo el doctor Larcín...

DON ANDRÉS. (Con malicia.)

Tanto mejor para usted... A mí nadie me lo ha contado. .

TUPÉ.

Me refiero á su relato...

DON ANDRÉS. (Con intención.)

Yo me refiero á otra cosa...

TUPÉ.

Plenamente confirmado por las hojas periódicas...

DON ANDRÉS.

Yo tengo buena esperanza de que no se confirme...

TUPÉ. (Aparte.)

Será necesario emplear el gran recurso. Volvamos la hoja.. (Alto. Con entonación afectada.) Sí, señor, en todas sus partes; de lo cual deduzco que uno sólo de sus intervalos lúcidos vale más que no esos helados apotegmas de la nueva escuela, verbigracia, la *adaptación*, la *selección*... En efecto, si consideramos que Darwin, en un acceso de *spleen*...

DON ANDRÉS. (Encaminándose á la puerta del fondo, derecha. Aparte.)

No hay modo de aguantar á un pilla de tanto fuste. ¡Si me quedo, le ahorco! .. (Vase.)

TUPÉ.

De regreso de su viaje al Brasil... entre las nieblas de la vieja Albión... ¡Je, je, je!... Venirme con cuchufletas á mí...

ESCENA VIII.

TUPÉ.

¡Ahí que no es nada!... ¡Je, je, je!.. Es el arma más contundente para los pobres de espíritu... Siempre la he empleado con éxito... ¡Ah, la palabra!... Ahora, á don Gregorio... La ocasión es propicia... (Se restrega las manos.) Estaremos solos... (Párase delante de la primera puerta, derecha.) ¿Llamaré ó me introduciré?... (Hace que va á entrar.) ¡Oh, *félix culpa!*... (Volviendo.) ¡Excelentísimo señor diputado!...

ESCENA IX.

TUPÉ, DON GREGORIO.

TUPÉ.

¡Venga usted á mis brazos!...

DON GREGORIO. (Muy conmovido.)

¡Un fuerte abrazo!...

TUPÉ.

Hoy su nombre será pronunciado con fruición por cien mil labios... ¡Mortal afortunado!...

DON GREGORIO. (Muy conmovido.)

¿Hablarán los periódicos? Otro abrazo...

TUPÉ.

El resultado más brillante ha coronado nuestros esfuerzos, don Gregorio... ¡Mas, ay!...

DON GREGORIO. (Sorprendido.)

¡Qué! ¿No estoy definitivamente?...

TUPÉ.

El pequeño estorbo de que habláramos...

DON GREGORIO.

¿Es de importancia?

TUPÉ.

Relativa, señor diputado...

DON GREGORIO.

Entonces no afecta... no reviste carácter alarmante...

TUPÉ.

Una insignificancia... una bicoca... una pequeña suma...

DON GREGORIO.

¿Para gastos electorales, quizás?

TUPÉ.

Penetración exquisita .. Imaginación viva... Corazón reblandecido de cariño por el pueblo...

DON GREGORIO. (Muy conmovido.)

¡Mi mayor amigo!... (Se abrazan.)

TUPÉ. (Aparte.)

Vengamos al exabrupto... (Alto.) Ha acertado usted, don Gregorio; y por ello me veo obligado, profundamente obligado á felicitarle con toda la sinceridad de mis sentimientos... Necesitamos diez mil pesos para gastos de elecciones...

DON GREGORIO. (Dejándose caer en una silla.)

¡Diez mil pesos!... El valor de una majada... (Pausa breve)
¿Qué no contamos con la mayoría de los sufragantes, Tupé?

TUPÉ.

Observación es esta que le honra en alto grado. Efectivamente, los tenemos; mas es menester halagar á muchos, convencer á los reacios y estimular á los apáticos... Demás de esto, don Gregorio, usted sabe que el primer *sufragante* ha de ser el candidato...

DON GREGORIO.

¡El valor de una majada de borregas finas!... (Pausa corta.)
 ¿Y los ciudadanos que se interesan en la elección de hombres
 desinteresados, de buena voluntad, amigos del progreso?...

TUPÉ.

Esos, si les dejamos, votarán la lista adversa. Es la mi-
 noría...

DON GREGORIO.

Luego, no ve usted otra manera...

TUPÉ.

Tengo estudiado el punto por sus cuatro costados... Pero,
 si hay algún inconveniente... si usted desiste, aun tenemos
 tiempo, señor candidato...

DON GREGORIO.

¡De borregas finas!... ¡Qué ocurrencia, Tupé!... En seguida...
 Tanto es así que... que... ¡Qué ocurrencia, Tupé!... (Con falsa risa.)
 Ja, ja, ja .. (Aparte. Mientras se va.) Afortunadamente, Adela no
 lo sabrá....

ESCENA X.

TUPÉ.

¡Tonto de mí!... Debí pedirle quince... ó veinte... De todos
 modos, es negocio concluido... La reserva forzosamente ha
 de ser mutua: á él no le conviene que se sepa... ¡Bonito sal-
 dría si lo divulgara!... ¿Y Adela? Ya me está cargando con
 sus escrúpulos... ¡Porque la atisba un zoquete!... ¡Eh! le dirigiré
 un ultimátum por la vía diplomática, y si se resiste... se la
 dejo á Larcín. Al mediquito le gustaba, pero no se atrevía...
 Je, je, je... Los hombres de ciencia no sirven para estos deva-
 neos... En cambio, nosotros, los hombres de mundo, que nos
 ocupamos de materias menos recónditas y veladas... Je, je, je...
 Le puede servir de consuelo ahora que... ¡Vaya un zorro!...

Hacerme trabajar una noche entera en la redacción del informe, tomándole párrafos completos á Lombroso, para salir después con que el asesino no es tal asesino!... Je, je, je...

ESCENA XI.

DON ANDRÉS, TUPÉ, DON GREGORIO.

DON ANDRÉS. (Aparte. En el fondo, derecha.)

Al cabo y al fin es mi hermano... No me iré sin decirle adiós... (Deteniéndose, al ver á Tupé. ¿Todavía aquí?...

DON GREGORIO. (Entrando apresuradamente.)

Casualmente tenía... destinado á unas ovejitas... ¡Qué ocurrencia la suya haber creído!... (Con falsa risa.) Ja, ja, ja.. ¿Usted sospechó, Tupé?... (Le entrega un cheque.)

TUPÉ. (Leyendo el cheque.)

Contra el Banco Inglés... Por diez mil pesos... (Guardándolo.) Está conforme.. Para gastos...

DON ANDRÉS. (Aparte.)

¿Le entrega diez mil pesos? ¿Para gastos?... (Deteniéndose un momento pensativo. y después vase.)

DON GREGORIO

Ante todo, el bienestar general...

ESCENA XII.

TUPÉ, DON GREGORIO.

TUPÉ. (Con satisfacción.)

No esperaba otra cosa de usted, don Gregorio, conociéndole, cual le conozco, íntimamente... Bien dicho: ante todo el bienestar común; y yo doy gracias á Dios de que aun haya hombres de tanto seso como usted... de tan buena voluntad... Porque hombres de las dotes de usted, escasean, don Gregorio...

DON GREGORIO. (Muy conmovido.)

¡Mi amigo incomparable!...

TUPÉ. (Con entonación afectada.)

Sí, señor diputado... Ya me le figuro en el parlamento... No falta uno solo de sus colegas... La barra es numerosa... El cuerpo diplomático concurre de gala... Pronuncia usted el primer discurso... profundo, arrebatador, patético... Versa sobre la gran ciencia de la vida rural, de que posee usted un caudal copioso de conocimientos, acumulado por la observación y la experiencia... Sale un contrincante... frío, vulgar, ignorante... Le contesta usted... y con su elocuencia inflamada y agreste descarga contra él todo su inmenso arsenal de reserva, derrotándole vergonzosamente... Los asistentes se hacen lenguas ponderando su talento... Los ministros le estrechan la mano... Sus compañeros le abrazan.. Rompe la barra en estruendosos aplausos... Después, las prensas sudan y el telégrafo vibra sus palabras á través de los montes y los mares!...

DON GREGORIO. (Emocionado.)

Le aseguro á usted... le aseguro, que aun en este instante me hallo henchido de profundas expresiones...

TUPÉ.

Sí, mi queridísimo don Gregorio... Y así como ha habido hombres que han tenido el raro privilegio de dar su nombre al siglo en que vivieran, nuestro tiempo será llamado en la historia, en razón del suyo esclarecido, la época .. ¡Gregoriana!!

ESCENA XIII.

LARCÍN, TUPÉ, DON GREGORIO.

LARCÍN. (Agitado.)

¡Es una estupidez!... El juez está ciego... El fiscal, sordo... Acabo de hablar con ellos... La defensa social es sa-

cratísima... No quieren convencerse.. ¿La niña cómo va?... Los periodistas son unos bárbaros...

DON GREGORIO.

Lo propio he dicho yo: dejan todo para mañana... Duerme en este momento... Se le dió dos veces el calmante... Escriben vaguedades...

LARCÍN. (Sentándose.)

¡Estoy agitadoísimo! ¡Uf!...

TUPÉ.

¿Se puede saber en qué estado se halla el proceso? ¿Han prendido al delincuente?

LARCÍN.

Sólo sé lo que dicen los diarios... He de ir á la policía á quejarme... Usted me acompañará... No hay tal delincuente... ¡Es falso!... Con la ciencia no se juega, ¡caramba!...

TUPÉ. (Aparte.)

¿A la policía yo? Doblemos la hoja...

DON GREGORIO.

Tengo para mí que se trata de una infamia... de una infamia hábilmente fraguada quién sabe con qué objeto y por quién... Con respecto á Luis Vivar...

LARCÍN. (Levantándose.)

Sostengo que es un animal bien organizado. He tenido ocasión de examinarle aquí varias veces...

TUPÉ.

¿Y por qué no podría suceder que fuese un caso especial de la herencia? ¿Posee usted, acaso, informes acerca de sus antepasados?

DON GREGORIO. (A Tupé.)

Sus palabras, doctor Tupé, acaban de penetrar punzantes en las celdillas de mis recuerdos... ¡Qué rayo de luz!..

TUPÉ.

¡Metáfora brillante y puntiaguda!...

DON GREGORIO.

¡La herencia! He conocido al padre de Vivar, amigo Larcín, y poseo datos preciosísimos... Tres veces fué declarado en quiebra en un año...

LARCÍN.

No es un antecedente digno de consideración. La ciencia no admite semejante caso... Aunque le hubiesen declarado diez veces... El rasgo característico, como dice Vidocq, es la mirada...

TUPÉ.

El doctor Lombroso, como usted recordará...

LARCÍN.

Por otra parte, le habríamos notado la anormal implantación de las orejas...

DON GREGORIO.

La protuberancia de las apófisis cigomáticas... La abundancia y la pigmentación del cabello...

TUPÉ.

¿Sabe usted quién fué su abuelo?

LARCÍN.

El dependiente, al contrario, revela perfectamente las características... Porque no soy ciego, ¡caramba!... El único rasgo, en cierto modo anormal, que he notado en Luis Vivar...

DON GREGORIO.

Le inducirá á emprender grandes negocios y al fin y á la postre los acreedores caerán sobre sus bienes...

LARCÍN.

Aludo á la protuberancia signo del amor, bastante desarrollada en ese joven...

DON GREGORIO.

A fuer de verídico, debo confesar que, en orden á eso, no tengo noticias de sus antepasados...

TUPÉ.

¿Tuvo usted oportunidad alguna vez de observarle el desarrollo desmedido de aquella protuberancia reveladora?

LARCÍN.

¡Pues! La noche que le conocí; y recuerdo que tanto á él como á don Gregorio...

DON GREGORIO.

Verdad.

TUPÉ.

El señor don Gregorio seguramente que no...

LARCÍN.

Me pone usted en grave compromiso. El secreto de la profesión...

DON GREGORIO.

Es igual al del confesonario...

TUPÉ.

¿Reservas entre amigos?

DON GREGORIO.

Entre amigos íntimos.

LARCÍN.

El señor don Gregorio tiene... la protuberancia... (Tocándole con un dedo en la cabeza.) ésta... apenas perceptible...

TUPÉ. (Riendo.)

¡Lo apostara!... Je, je, je....

DON GREGORIO. (Con prontitud.)

No tan calvo, doctor; no tan calvo... (Tocándole la frente.) Menos desarrollada que la que distingue al orador nato, con-vengo...

TUPÉ. (Riendo.)

¡La apófisis marital!... Je, je, je...

ESCENA XIV.

DICHOS, ADELA.

ADELA.

Ha vuelto á despertar... (Al ver á Larcín.) ¡Ah!... Estaba usted... ¡Qué felicidad!

LARCÍN.

No le ha repetido el ataque... ¿verdad? Pronto le pasará...

ADELA.

Tuvo amagos hoy... Después se durmió... ¿Por qué no pasa usted?

LARCÍN.

Sí, señora...

ESCENA XV.

TUPÉ, DON GREGORIO.

TUPÉ.

No es nada... un ataque nervioso... pasajero... Llevándola unos días á Mar del Plata, ó al Tigre, se repondrá inmediatamente. Las distracciones, que para una joven son indispensables, le serán á ella de mucho provecho... de mucho provecho... ¡Qué felices somos, amigo don Gregorio!...

DON GREGORIO.

Lo propio digo yo.. Los viajes, los baños... Usted conoce parajes secretos y saludables... Y con mi nueva posición... A propósito.. (Restregándose las manos con satisfacción.) ¿Entonces, piensa usted que la diputación está ganada, eh?

TUPÉ.

¡Oh. sin pizca de duda!... ¡Pero, qué felices somos, amigo don Gregorio!...

DON GREGORIO.

¡Un abrazo, querido!...

ESCENA XVI.

TUPÉ, DON GREGORIO, MIGUEL.

MIGUEL. (En el fondo. Al verlos abrazados.)

¿Qué ocurre? ¿Carolina, tal vez?... (Entrando precipitadamente.
A don Gregorio.) ¡Mi querido tío!...

DON GREGORIO.

(Separándose de Tupé y dando algunos pasos hacia atrás.)

Muchacho... ¡abrázame!...

MIGUEL. (Abrazándole.)

¡Valor, tío! ¡Valor!...

DON GREGORIO.

A tí también te alcanza... Eres mi sobrino... ¡Si viviera tu
padre!...

MIGUEL.

¡Valor! ¡Valor!... (A Tupé.) ¿Carolina?...

TUPÉ. (Aparte.)

Volvamos la hoja... No conviene que se entere... (Alto.) Me-
jora rápidamente... Pasó el peligro ya... Sucede que el señor
don Gregorio... Créame usted... Larcín está con ella... Sí...
sí, señor... ¡Oh, sin pizca de duda!... Se lo aseguro á usted...

MIGUEL. (Mirándolos asombrado.)

¿Es decir que no hay cuidado?

DON GREGORIO.

¡Qué ha de haber, hombre! ¡Ninguno!... Está ganada...

MIGUEL.

No me doy cuenta...

DON GREGORIO.

¡Esta juventud, doctor Tupé!... Pues es la cosa más sen-
cilla del mundo...

TUPÉ. (Con rapidez.)

¿Cómo ha de haber, caballero, si el ojo vigilante del se-

ñor don Gregorio no se ha movido un punto, no se ha separado una línea, un ápice?... Y su previsión y su tacto reconocidos para administrar... para administrarle... Además, que no conozco hombre más abnegado... ¡Le juro á usted que no le hay!...

DON GREGORIO.

Buena voluntad no más... nada más...

TUPÉ.

No, señor: ¡abnegación!... (Se acerca á don Gregorio y acciona como tratando de convencerlo.)

MIGUEL.

Claro, tratándose de su hija... (Aparte.) Este picapleitos anda en algún enredo... Anoche, cuando nos retiramos le observé bien... Es un charlatán... (Alto.) ¿Y qué me alcanza á mí, tío? Decía usted...

TUPÉ. (Volviendo la cara con prontitud)

En franca mejoría... (Aparte.) Parece de narices largas... ¡Hum!... (A D. Gregorio.) Pues ello es así...

MIGUEL (Mirándolos asombrado.)

Es particular.

ESCENA XVII.

TUPÉ, DON ANDRÉS, MIGUEL, DON GREGORIO.

DON ANDRÉS. (En el fondo, derecha.)

¿Todavía no se ha ido? Esperaré... (Al ver á Miguel.) ¡A Miguel!...

MIGUEL. (Adelantando hacia don Gregorio.)

Traigo noticias de Luis Vivar...

DON GREGORIO (Volviendo.)

¿Le han preso?

DON ANDRÉS. (Adelantando)

¡Ojalá!

MIGUEL.

Aun no. En el diario acaban de decirme que, muy avanzada la noche, ha sido visto al penetrar en una casa de.. vecindad. La policía tomó sus precauciones y será difícil que escape.

DON ANDRÉS. (Con intención, á Tupé.)

Buenos Aires está plagado de pícaros, como nunca los hubo... (Tupé esquiva la mirada de don Andrés y acciona nuevamente con don Gregorio.)

MIGUEL. (A don Andrés, señalándole á Tupé.)

Es original...

DON ANDRÉS. (Ap. A Miguel.)

Tengo que hablarte...

ESCENA XVIII.

LARCÍN, DON GREGORIO, MIGUEL, TUPÉ,
DON ANDRÉS.

LARCÍN.

Fué menester engañarla... Le dije que Vivar estaba aquí... Queda riéndose con Adela .. (Reparando en Miguel.) Hola, hola... Servidor...

TUPÉ.

Mis sospechas se han realizado... Este caballero...

DON GREGORIO.

Le darán caza... ¿Se ríe? Buena señal... ¡Y cuando sepa la grata nueva!...

LARCÍN. (A Miguel.)

¿Posee usted datos fehacientes?

MIGUEL.

Probables.

LARCÍN.

Probabilidades, probabilidades... ¡Están haciendo una barbaridad!!!... La defensa social es sagrada... Al juez se lo dije hoy... Algún pobre diablo será la víctima de estos embro-

llos... me autorizan á suponer que el dinero robado ha obrado maravillas.. Llegarán á soltarle, para que mañana cometa nuevos atentados... ¡Con la ciencia no se juega, caramba!...

MIGUEL.

¿Y á qué se oculta Luis Vivar, si es inocente?

TUPÉ.

¡La herencia, doctor Larcín! El señor don Gregorio nos ha dado interesantes pormenores... Ha ilustrado la cuestión cumplidamente... ¿Quién puede asegurar que los abuelos de Vivar no fueran asesinos ó ladrones?...

DON GREGORIO.

Al padre le declararon insolvente tres veces en un año... ¡Era un zorrocloco!...

MIGUEL.

¿El comerciante sin tacha? ¿El dechado de honradez? ¡Bravo, tío!...

DON GREGORIO.

¡Pido la palabra!...

LARCÍN.

A pesar de todo, lo sostengo... La influencia del dinero robado...

TUPÉ.

El padre fué un ladrón...

DON GREGORIO.

¡Lo aseguro! ..

LARCÍN.

No puede ser... Déjenme ustedes hablar... Al fiscal se lo dije hoy... ¡Carece de las características!...

DON ANDRÉS.

Si el padre fué ladrón, á cualquiera se le ocurre...

MIGUEL.

¿Usted también? ¡Oh!!!...

DON ANDRÉS.

¡Quién lo duda! De tal palo, tal astilla...

MIGUEL. (A Larcín, riendo.)

¡Al maestro cuchillada!... ¡Ja, ja, ja!...

TUPÉ (Extendiéndole la mano á don Andrés; que la rehusa.)

Le felicito... Le felicito... Ha llevado usted á su más simple expresión la humanitaria teoría del doctor Lombroso...

LARCÍN.

Esa es una vulgaridad... una tontería... Déjenme ustedes hablar...

DON GREGORIO.

¡Sólo yo puedo usar de la palabra!...

LARCÍN.

¡Con la ciencia no se juega!... A ese joven yo le he examinado... La única protuberancia que le acusa... ¡es favorable!...

DON ANDRÉS.

Ese alfeñique es un pillastre redomado... Mantenía á una querida... ¡Una corista de Variedades!...

TUPÉ.

¡Basta!... Ya no queda duda... ¡La herencia!...

LARCÍN.

Déjenme ustedes hablar... Voy á explicarles...

DON GREGORIO.

¡Una corista!...

MIGUEL.

De Variedades...

LARCÍN.

La única protuberancia desmedida... Déjenme ustedes... quiero decir...

DON GREGORIO.

¡Infame! ¡Atreverse á introducir en mi casa con una protuberancia desmedida!...

MIGUEL.

Le hubiera usted revisado...

LARCÍN.

Pero, favorable... ¡Lo estoy diciendo hace una hora!... ¡No quieren creermel... Ha de tener otras... La teoría es incontrovertible... ¡Pero no me apuren!

DON GREGORIO.

¡Pillo!... ¡Sin vergüenza!...

DON ANDRÉS

Me lo daba el corazón.

(Aparece Vivar en la puerta izquierda del foro. Larcín al verlo da un grito: ¡Ah!... Todos vuelven la cara y repiten la misma exclamación de asombro.)

ESCENA XIX.

LUIS, LARCÍN, D. GREGORIO, TUPÉ, D. ANDRÉS,
MIGUEL.

LUIS. (Sonriente.)

Señores, muy buenos días...

TUPÉ.

¡Él!...

DON GREGORIO.

¡Oh!... Desde aquí le veo...

DON ANDRÉS.

¡Aquí!...

MIGUEL.

Parece increíble... ¡Qué audacia!...

LUIS. (Haciendo cortesías.)

¿Cómo están ustedes?... Señor don Gregorio... (Notando el asombro de los demás. Aparte) ¿Qué sucede? ¿Qué significa ésto? (Alto, adelantando.) Señores...

TUPÉ. (Retrocediendo.)

¡La herencia!...

DON GREGORIO. (Retrocediendo.)

¡La herencia!...

LUIS. (Aparte.)

¿Me han descubierto el juego!... ¡Ah!... Con razón Carolina...

TUPÉ.

¡La herencia!...

LUIS. (Aparte.)

¿La herencia?... Sí... pero todavía no me he casado... (Alto.) Señor don Gregorio...

DON GREGORIO. (Retrocediendo.)

¡Y que yo no le haya visto antes!...

LARCÍN. (Retrocediendo.)

Tal vez... ¿quién sabe?...

MIGUEL. (A Larcín.)

A usted le corresponde, señor doctor... (Larcín retrocede más.)

LUIS. (Grave.)

Pero, señores. ¿Es esto una broma?

TUPÉ. (Señalándole.)

¡La herencia!

DON GREGORIO. (Señalándole.)

¡El atavismo!...

LUIS. (Con enojo.)

¿Por qué me señalan ustedes?... Le explicaré á usted, señor don Gregorio, mi presencia en su casa... (Adelanta un paso. Don Gregorio retrocede más.)

DON ANDRÉS. (A don Gregorio.)

¿Cierro la puerta? Puede escaparse...

LUIS.

¡Vamos! Esto pasa de chanza... ¿Me toman ustedes por loco?...

DON ANDRÉS. (Cerrando los puños.)

Confío en mis puños...

LUIS. (Adelantando.)

Deseo explicar mi presencia aquí...

TUPÉ. (Retrocediendo.)

¡La herencia!...

DON GREGORIO. (Retrocediendo.)

¡El atavismo!...

MIGUEL. (Aparte.)

O es un tonto, ó le sobra audacia. Veamos...

LUIS. (Con desesperación.)

¡Siquiera respóndanme ustedes!... ¡No puedo ya sufrir!...
¡Señores!!...

ESCENA XX.

DICHOS Y ADELA.

ADELA.

Señor doctor, Carolina, desea hablarle... Engañela usted...

(Al ver á Luis.) ¡Ay!!... (Huye desfavorida. Larcín la sigue.) ¡Jesús!!...

¡Dios me ampare!!...

LARCÍN.

¡Corro á verla!!...

LUIS. (A Adela.)

Señora... ¡por favor!!...

ESCENA XXI.

LUIS, D. GREGORIO, TUPÉ, MIGUEL, D. ANDRÉS.

LUIS.

¿Pero, qué sucede?... Estoy ajeno... no sé...

TUPÉ.

¡Dice que lo ignora!...

DON ANDRÉS. (Colocándose detrás de Luis.)

No se me escapará...

DON GREGORIO.

Atreverse en mi casa. . ¡con una protuberancia!...

LUIS.

¿Conducirse conmigo así, usted, don Gregorio?... ¡Por el nombre de mis padres le juro á usted!...

TUPÉ y DON GREGORIO.

¡Horror!.. ¡Ha jurado por sus antepasados!!...

LUIS.

¡¡Infames!!!...

DON ANDRÉS. (Sujetándole.)

¡Asesino! ¡Ladrón!!...

MIGUEL. (Con energía.)

¡No!... Este no es un criminal!...

TUPÉ.

¡Es irresponsable!!...

DON GREGORIO.

¡Es irresponsable!!!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La misma decoración. Es de tarde. A medida que va avanzando la acción, la escena se irá iluminando progresivamente, hasta la escena IX en que se iluminará por completo.

ESCENA PRIMERA.

LUIS Y CAROLINA. Sentados á la izquierda, primer término.

LUIS.

Gracias á los esfuerzos de Miguel, Carolina... ¡Qué hombre tan bárbaro es tu tío!...

CAROLINA.

Pobre... ¿Mucho te apretó los brazos?

LUIS.

Me ha dejado impresos sus dedos... Tiene unas manazas de hierro... ¡Y cómo cayeron sobre mí los demás!... Túpé quería estrangularme... Tu padre gritaba que era irresponsable... que solamente me atasen... ¡La nueva ciencia es humanitaria! decíale á Túpé; y, entretanto, Miguel se deshacía en carcajadas...

CAROLINA.

Yo la ví entrar á mamá azorada, detrás de ella á Larcín... ¡Llevaba una cara!... Quise hablar y... no sé lo que pasó por mí... Me figuraba... ¡Qué atroc!...

LUIS.

Después... por momentos creía desmayarme... Don Grego-

rio llega con Larcín... Me acuestan en aquel sofá... El doctor me estruja la cabeza entre sus manos, y exclama como un poseído: ¡la prctuberancia!... lo que yo les decía... no querían creerme... ¡Tiene muy desarrollado el hueso, signo del amor! ..

CAROLINA.

¡Ja, ja, ja!... El bueno del doctor...

LUIS.

Al cabo me dejan libre... Creía estaba loco, y que los demás también... Logro incorporarme auxiliado por Miguel, que ya no se reía, les increpo nuevamente su conducta...

CAROLINA.

¿Y te declararon asesino?

LUIS.

Ahora verás... Tupé, pretextando no sé qué, desaparece... Larcín le imita, exclamando siempre: ¡no querían creerme!... Tu tío corre á cerrar la puerta de la calle... Quedaron tu padre y Miguel, con quienes pude entenderme... Me ví obligado á confesarles nuestras citas... Que como tú no aparecieras en el balcón, á la hora convenida, tuve una corazonada y entré... Lo menos he pasado diez veces por aquí, sin encontrar á nadie... Habían supuesto que yo era el asesino del cambista... ¡Yo, Carolina!...

CAROLINA.

¡Cuánto he sufrido yo por eso!

LUIS.

Según me dijo Miguel, los periódicos de la mañana insertaron una noticia en la cual se decía que el verdadero criminal no era el dependiente arrestado, sino un joven Luis V... Sólo daban la inicial del apellido...

CAROLINA.

A nosotros nos lo dijo tío, y que eras tú!...

LUIS.

Más tarde todo se aclaró. Anduvo Miguel en averiguaciones y resultó efectivamente que lo era un joven francés llamado Luis Vanneau... Los diarios de la tarde lo publicaron y ¡qué artículos contra Larcín!...

CAROLINA.

Mucho lo sentirá papá... ¡Son tan amigos!...

LUIS.

Afortunadamente para nosotros... se ha anticipado nuestra felicidad... Te mejoras, nos casamos, y en seguida á pasar una temporada de campo ..

CAROLINA.

Si ya estoy bien... Desde que desperté y te ví á mi lado ..

LUIS. (Besándola en la frente.)

¡Mi mujercita adorada!...

ESCENA II.

DON GREGORIO, LUIS, CAROLINA.

DON GREGORIO. (Con un diario en la mano.)

¡Haya sin vergüenzas!... Esto es robar el dinero... ¡No sé para quienes escriben estos periodistas!... ¡No figura!... Le he buscado por todas partes...

LUIS. (Levantándose.)

¿Le caen recio al doctor Larcín, eh?

DON GREGORIO. (Con enojo.)

No se trata de eso... Ve tú... He pasado dos horas buscándole y no le he hallado... (Le da el periódico.)

LUIS.

¿Algún escrito de Miguel?

DON GREGORIO. (Cruzándose de brazos.)

¡La juventud de hoy!... (Después de mirar á Carolina. Con voz suave.) No, no es eso... Lee esta noticia... aquí...

LUIS. (Leyendo.)

«Proclamación de diputados... Acabamos de obtener la lista de diputados que votará el partido posibilista en las próximas elecciones. Hela aquí: López, Martínez, Rodríguez, Fernández...» (Mirando á don Gregorio.) Cuatro... (Leyendo.) «Por los nombres que se consignan, claramente se ve que los nombrados obedecen *al que maneja los tteres*... Mañana nos ocuparemos detenidamente...» (A don Gregorio.) No hay más...

DON GREGORIO. (Paseándose agitado.)

Ya lo ves tú: es una infamia... Cuando al propio doctor Tupé le dije que no había pizca de duda...

LUIS. (Volviendo al lado de Carolina.)

Vaya con Tupé... candidato á diputado... *del que maneja los tteres*... Tiene gracia...

ESCENA III.

DICHOS Y ADELA. Entra Adela con un periódico en la mano. Carolina y Luis vuelven á conversar en voz baja en un extremo de la escena.

ADELA.

Tampoco hallo nada en éste. Sin duda le han omitido... En los de mañana aparecerá... No te alteres... Tupé te lo prometió formalmente...

DON GREGORIO. (Paseando.)

Mañana... Mañana...

ADELA. (Acercándose á don Gregorio.)

Él ha de conocer la causa... No te impacientes... En todo caso eres víctima de alguna intriga...

DON GREGORIO.

Como el doctor Larcín... ¡Bonita situación!... (Paseando.) Pe-

diré explicaciones... No he de consentir... (Aparte.) Mil borregas á diez pesos... ¡Diez mil pesos!...

ESCENA IV.

TUPÉ, D. GREGORIO, ADELA, LUIS, CAROLINA.

TUPÉ.

¿Llego á tiempo? Soy puntual. Perfectamente. (A Carolina.) La medicina hizo prodigios... ¡Je, je, je!... (A Luis.) Caballero... ¡Peleele!... ¡Je, je, je... (A don Gregorio.) ¿Cómo tan taciturno, señor don Gregorio?... (A Adela.) Sé que tenemos espléndida mesa, para festejar los faustos acontecimientos que se avecinan... Acabo de dejar á Larcín... Vendrá á comer... Intentó llevarme á consultar á unos sabios...

DON GREGORIO. (Con tristeza.)

He leído todos los periódicos de la tarde...

ADELA.

Así es que la fiesta se torna en desazón...

DON GREGORIO.

¡No me interrumpa!... Y no he hallado absolutamente nada...

TUPÉ. (Riendo.)

¡Je, je, je!... ¿A que no ha adivinado usted?...

DON GREGORIO. (Animándose.)

Le confieso... Me veo obligado á confesarle que mis tentativas han sido infructuosas...

TUPÉ. (Golpeándose un bolsillo de la levita.)

Traigo aquí...

DON GREGORIO. (Radiante.)

¿Fué omisión?...

ADELA.

Lo que yo te decía... No podía ser de otra manera... (Se acerca á Luis y Carolina.)

TUPÉ. (Con misterio.)

Soy portador de una nota importantísima... reservada...
(Saca un pliego) del que maneja los titeres...

DON GREGORIO. (Con satisfacción.)

¿Del que maneja los titeres?..

TUPÉ.

Sí: autógrafa... (Le entrega el pliego.)

DON GREGORIO. (Con admiración.)

¡Autógrafa!...

ADELA. (A Luis y Carolina.)

Podíamos pasar al comedor... ¿quieren? Me ayudarán á ordenar las flores...

LUIS. (Dándole el brazo á Carolina.)

Nos encargaremos los dos.

CAROLINA.

Con mucho gusto.

ADELA. (Aparte.)

Tratándose de asuntos reservados, mejor es dejarlos solos...

ESCENA V.

TUPÉ, DON GREGORIO.

TUPÉ. (Aparte. Mientras don Gregorio lee.)

Todo por el tonto de Larcín... Hacerme perder un tiempo precioso... Cuando debía haber cobrado ya el cheque. . cuando debía estar recreándome en contar los adorables papeletos... en vez de estar volcando á este... (Mira á don Gregorio riéndose.) ¡Je, je, je!... ¡Ah! pero mañana temprano... (Pausa breve.) De todos modos, no hay mal que por bien no venga... Después de comer, cuatro palabritas tiernas á Adela... cuatro arrullitos zalameros, y... volvemos la hoja!... Je, je...

DON GREGORIO. (Guardándose la carta.)

No me satisface enteramente...

TUPE.

Es lo que á usted le conviene, don Gregorio... El partido necesita un hombre de las dotes de usted... de robusta inteligencia, de entendimiento claro y perspicaz, de esforzada y enérgica condición, y si no acepta usted, nos veremos obligados á abstenernos... ¡á abstenernos!... Reflexione usted, don Gregorio...

DON GREGORIO.

Sin embargo, me parece que la diputación era una base...

TUPÉ.

Si se tratara de otro personaje, ya lo creo; mas no es así... Repítale que el partido tiene los ojos puestos en usted... El que maneja los títeres permanece inflexible: no admite otro candidato de transacción...

DON GREGORIO.

¿Y si no me someto? ¿Si insisto en la diputación?...

TUPÉ.

No es razón eficaz... Seremos derrotados vergonzosamente en la lucha; y una vez ocupada la presidencia por el candidato contrario, ni en veinte años nos rehacemos... Pero... Hay un pero... don Gregorio...

DON GREGORIO. (Con desaliento, dejándose caer en un sofá.)

¿Para gastos electorales?...

TUPÉ. (Sonriendo.)

El partido, don Gregorio, es poderoso.. No se preocupe usted de bagatelas... ¡Qué esperanza!... No. El que maneja los títeres desea que, á cambio de la merced que le hace, le garantice usted que su primer ministerio será exclusivamente rural...

DON GREGORIO. (Suspirando.)

Rural... Yo que podría formar con usted, con él, con Larcín... así... un gabinete científico...

TUPÉ.

Protuberante... Eminencial... Nosotros le asesoraremos en el gobierno, don Gregorio... (Aparte.) Con unos cuantos pases más, duplicaba...

DON GREGORIO. (Levantándose, después de meditar.)

Voy á probarle, amigo doctor, la sinceridad de mis sentimientos, la buena voluntad que me anima... Dígale usted al que maneja los títeres que acepto la presidencia de la República, como candidato rural... ¡No! ¿que digo? Usted me entiende... (Aparte.) ¡Ay, las tarjetas! Las habrá mandado hacer ese borrico, ahora que no me sirven...

TUPÉ. (Durante el aparte de don Gregorio da algunos pasos hacia atrás, y después se dirige á él, exclamando.)

¡Prócer ilustre! ¡Varón magnánimo!... La historia, al consignar en sus páginas la época Gregoriana... ¡Pero, déme usted el honor de que le estreche en mis brazos!...

ESCENA VI.

MIGUEL, DON GREGORIO, TUPÉ.

MIGUEL. (Deteniéndose al verlos abrazados. Aparte.)

¿Otra vez?... Las conjeturas de mi tío Andrés no son infundadas... ¡Ya tengo el hilo de la tramoya y haré saltar al tramoyista!... ¡Infame picapleitos!... Le tiene mareado... También es cierto que el viejo se presta admirablemente... Si pudiera por medio de Larcín, para evitar el escándalo... Fingiré... Le adularé... ¡y si necesario fuese!... (Entrando. Alto.) ¡Sensacional!... Los acontecimientos se desarrollan de modo desconsolador para el doctor Larcín... ¿No ha venido aún? Lo siento...

TUPÉ. (Aparte.)

Cuerno con el periodista!... ¿A qué le habrán invitado?... ¡Vaya el susto que me ha dado!...

DON GREGORIO.

Ni una palabra... ¡chit!... Te prohibo que hables del incidente. Buen provecho les haga el dinero del ladrón...

MIGUEL.

Si se ha rescatado la mayor parte. Los valores que poseía el cambista en cédulas y títulos han sido secuestrados. No ha habido compra de conciencias. Abandone esa idea del doctor Larcín, por quien me intereso; porque ahora me intereso vivamente por el doctor Larcín...

DON GREGORIO. (Absorto.)

¿Tú?... ¿Tú, uno de sus más acerbos impugnadores?...

MIGUEL.

Yo.

TUPÉ. (Aparte.)

¡Hum!... Extraño... Extraño...

MIGUEL. (Mirando a Tupé. Aparte.)

No le ha hecho impresión... (Alto.) Creo que es prueba de cordura variar de opinión cuando le ponen á uno por las narices las pruebas más convincentes de la ignorancia en que se halla; y aun cuando, si bien es verdad que la teoría de Lombroso ha flaqueado en un caso, no lo es menos que ha acertado satisfactoriamente en otro...

TUPÉ. (Aparte.)

¡Bah!... Es un pipiolo... Pero no dejaría de tener sus ventajas atraetle... Podría utilizarle más adelante...

DON GREGORIO. (Después de manifestar un rudo esfuerzo mental durante el aparte de Tupé.)

¡Ya caigo!... El caso de mi yerno... de mi futuro yerno...

MIGUEL.

Precisamente... (Mirando a Tupé.) Imperturbable...

TUPÉ.

Y luego el informe, que es magistral... ¿Recuerda usted

aquella parte analítica en que revela su poderosa distinción cerebral, digna del sabio más ilustre?...

MIGUEL.

De este siglo... Á pesar de eso, que encuentro notable, lo que me ha sorprendido gratamente, es el estilo: claro, conciso, elegante... Es un escritor distinguido el doctor Larcín...

TUPÉ.

Su parecer, como hombre de letras, señor Santillana, es de mucha consideración... de mucha consideración... Lamento la ausencia de nuestro amigo, porque, de estar presente, yo uniría á su palabra la modesta mía... (Aparte.) ¡Si supiera este bodoque quién es el autor!...

MIGUEL. (Aparte.)

¡Es un pillastre de á folio!... (Alto. A don Gregorio.) ¡Qué magnífica defensa haré en mi diario! Lo verá usted... Relataré el sucedido con frases absolutamente dramáticas... Escribiré, como introducción, la biografía del sabio ilustre... Citaré á Marro, Corre, Sourry...

DON GREGORIO.

Y Likaceff, Minzloff y Kolokoloff...

MIGUEL.

Trataré de necios á los periodistas que se burlan del doctor, satirizaré á los jueces, motejaré de pusilánimes á los que se manifiesten contrarios ..

DON GREGORIO. (Con gravedad.)

Cumplirás con tu deber: la defensa social es sacratísima. Luego, en mi nueva posición...

ESCENA VII.

LARCÍN, MIGUEL, DON GREGORIO, TUPÉ.

LARCÍN. (Agitado.)

Han hecho cuestión personal... Lo están revolviendo todo,

y no saben lo que se hacen. . Vengo de consultar á varios colegas, y todos, todos, se hallan contestes... Con la ciencia no se juega, ¡caramba!... Manosean un asunto fuera de sus alcances... No quieren creerme... Yo me sofoco... ¡Uf!... (Se arroja en un sofá.)

MIGUEL. (Con serna)

¿Se puede saber la opinión de sus colegas, doctor?...

LARCÍN.

Aconsejanme que calle... ¡Uf!!...

MIGUEL. (Soariendo.)

¡Consejo saludable!...

DON GREGORIO.

Yo también me adhiero...

TUPÉ. (Con intención. A Larcín.)

No veo el motivo... ¿Otorgar con su silencio? ¿Cuándo la redacción del informe le asegura ventajas positivas sobre sus denostadores?...

LARCÍN. (Levantándose.)

Eso es lo de menos... Lo fundamental, lo esencial, lo substancial... Eso, eso...

DON GREGORIO.

Miguel se encargará de fulminarlos... (A Larcín.) Está con nosotros.

LARCÍN.

¿Cómo? ¿Qué? ¡Caballero!... ¿Ha quebrado usted la cáscara de mi informe? ¿Ha penetrado usted su fondo? ¡Oh! Celebro encontrarle en tan gallarda disposición, señor de Santillana... ¡Qué sorpresa agradable!...

MIGUEL. (Aparte.)

Buena sorpresa te aguarda... (Alto.) No del todo, señor doctor...

LARCÍN. (A don Gregorio.)

¿Y bien?

MIGUEL.

Me falta, por decirlo así, la pescozada de adopción en la humanitaria empresa...

DON GREGORIO.

Ya lo ve usted, tan sólo el polen fecundante...

LARCÍN.

¡El polen!...

MIGUEL.

Tengo una duda, la cual espero me la aleje usted...

LARCÍN. (Sentándose.)

Nada más fácil para mí. Usted dirá.

MIGUEL. (Sentándose.)

Pues bien... Deseo saber si la anomalía física coincide siempre con las tendencias inmorales del sujeto.

LARCÍN.

Sin excepción... Voy á probarle á usted breve y sucintamente, cual conviene hacerlo...

MIGUEL.

¿Aun tratándose del más refinado hipócrita?

LARCÍN.

Voy á probarle á usted... Por más habilidoso disimulo que posea el sujeto, la hipótesis... ¡es general!...

MIGUEL. (Sonriendo.)

Entonces, vamos á entendernos... (Aparte, Serio.) ¡Ojalá consiga decidirlo buenamente!

LARCÍN. (Con suficiencia.)

Me complaceré en ilustrarle á usted en esta ciencia humanitaria...

ESCENA VIII.

DICHOS, ADELA, CAROLINA, LUIS.

ADELA. (A don Gregorio y Tupé.)

Hemos preparado una mesa espléndida...

CAROLINA.

Luis tiene un gusto exquisito para disponer las cosas... Si vieras, papá, cuán hermoso ha quedado el gran centro de mesa...

DON GREGORIO.

¿Sí? Mis parabienes...

TUPÉ. (Dándole la mano.)

Le felicito... Le felicito...

LUIS.

No es para tanto... Una imitación del *Café de Paris*... (Aparte.) De un *cabinet particulier*...

TUPÉ

La modestia es innata en los hombres de talento. Usted ha de ser un artista cumplido... Lo sospecho.

LUIS. (Haciendo una reverencia.)

Señor Tupé... (Aparte.) ¿Artista? Para tallar con destreza al *baccarat*... Con la fortuna de mi suegro, ya veremos...

CAROLINA.

¿No desean ver nuestros arreglos? El comedor está muy bonito... (Mirando a Larcia y Miguel.) ¡Jesús, qué entusiasmados están!.

ADELA. (Acercándose a Tupé.)

Si ustedes gustan pasar...

DON GREGORIO. (Aparte.)

¡Y mis tarjetas, que ya no me sirven!... Dinero perdido... Lo menos dos borregos... Este sirviente es un bruto. He de

despedirle... (Alto. A Carolina.) Vamos... Vamos á ver esa maravilla, ese gran centro de mesa... Por complacerte, monona.. (Vase con Carolina.)

LUIS. (Aparte.)

Les va á caer como una bomba á los muchachos, cuando lo sepan... No baja de quinientos mil... ¡También el susto!... (Vase.)

TUPÉ. (A Adela.)

Allí, en oculto sendero... al grato arrullo del céfiro aromático... entre el verde follaje... sobre la blanda hierba...

ADELA.

¡Ay!... (Aparte.) No sé cómo decir que no... de modo que diga sí..

TUPÉ.

Allí podremos, en inocente abandono, confiarnos nuestras penas sublimes... (Vanse.)

ESCENA IX.

MIGUEL, LARCÍN.

MIGUEL.

Me cuenta usted maravillas, señor doctor...

LARCÍN.

Pues aun he de decirle más...

MIGUEL.

Veamos...

LARCÍN.

Comparemos á la víctima con un animalito...

MIGUEL.

¿Con un animalito?...

LARCÍN.

Sí: un pequeño insecto... Y al delincuente con un vegetal...

MIGUEL.

¡Qué admirable!... ¡Un animalito y un vegetal!...

LARCÍN.

Por ejemplo, una drocerásea... Perfectamente. Muy bien. El pequeño insecto, atraído por el grato perfume que exhala la drocerásea, va á posarse candorosamente en sus hojas... mas, de pronto, siente agitarse á su alrededor multitud de téntaculos, los cuales le empujan, le acarician, le comprimen... hasta que al cabo, víctima el animalito de la traidora acechanza, es muerto y digerido..

MIGUEL.

¡Qué estupendo! ¡Qué científico y original!...

LARCÍN.

¿No ve usted en ese ejemplo los primeros albores, las primeras negruras de la criminalidad?

MIGUEL. (Con sorna.)

¡Ah! ¿Conque en eso consiste?... (Levantándose.) ¡Oh, ilustre sabio, el más grande del siglo, que así demuestras la inclinación humana por medio de una planta y un animalito!... Yo me inclino respetuoso...

LARCÍN. (Interrumpiéndole. Se levanta.)

Si fuera usted fiscal, amigo mío, ¡cuánto bien no haríamos á la desdichada humanidad!...

MIGUEL.

Pero el fiscal no conocerá la analogía entre el vegetal y el hombre, que acaba usted de explicarme...

LARCÍN.

El fiscal, señor Santillana, es un mamífero ignorante!...

MIGUEL.

¡Mamífero sapiente!... Permítame que salude en usted al representante más genuino de su ilustre congénere...

LARCÍN.

¡Oh!... De buena gana... Y, á pesar de todo esto, que es

claro como la luz, no quieren creerme.... (Paseándose agitado.)
Pero, á mí no me engañan... El dinero mueve las montañas...

ESCENA X.

MIGUEL, DON ANDRÉS, LARCÍN.

DON ANDRÉS. (En segundo término. A Miguel.)

A pedir de boca... Llego absorto... (Reparando en Larcín.)
¡Ah!...

MIGUEL. (Despacio. En segundo término.)

¿Cobró el cheque?

DON ANDRÉS. (Despacio.)

No... Estuve en el Banco... hablé con los empleados... les dí cuenta... Pero mucho me temo lo haya olido el muy pillastre... y se nos escape... ó lo traspase, y...

MIGUEL.

Está en el comedor.

DON ANDRÉS. (Cerrando los puños.)

¡Lindamente!...

MIGUEL. (Despacio. Después de una pausa breve.)

Tío... ¡le tenemos atrapado!... Cuando yo le diga á usted que diga sí... que sí... y cuando le diga que no .. que no...

DON ANDRÉS.

¡En! Majadero... ¿A mí?...

LARCÍN. (Paseando.)

Mis enemigos se han vengado... les llegó la ocasión. Ya llegará la mía, y veremos entonces; porque el sujeto aquél es el tipo exacto del delincuente nato...

MIGUEL. (Despacio. Á don Andrés.)

Tenga usted en cuenta que se trata del mejor resultado...
Importa no gastar el tiempo en explicaciones... (Alto. A Larcín.)

indicándole sonriente a don Andrés.) Complete usted mi obra, señor doctor... Convénzale del todo á este cuasi convencido... Espétele usted alguno de sus razonamientos floridos...

LARCÍN. (Indicando a don Andrés.)

¿Don Andrés, acaso, se ha sentido de pronto iluminado por alguna chispa fosfórica desprendida incidentalmente de su vacuo cerebro?

DON ANDRÉS.

Yo... (Aparte. A Miguel.) Buena maula... Si no sé...

MIGUEL. (A Larcín.)

Se ha pasado el día leyendo su informe... (Haciéndole señales de asentimiento á don Andrés. Despacio.) Que sí...

DON ANDRÉS.

Que sí..

LARCÍN.

¿Le ha leído usted enteramente?

DON ANDRÉS. (Confundido, después de mirar á Miguel que le hace señales afirmativas.)

Que sí...

LARCÍN. (Entusiasmado.)

Hola, hola... ¿Y podríamos saber cúyas son las conclusiones á que ha arribado el señor don Andrés?...

DON ANDRÉS. (Desesperado, sin atender á Miguel.)

No... Si yo no... (Aparte.) ¡Lléveme el diablo!...

LARCÍN. (A Miguel.)

¿Y bien?

MIGUEL.

Precisamente... Ahí estriba la dificultad... el quid... Figúrese usted que se le ha metido entre ceja y ceja que no le convencerán hasta que se le demuestre prácticamente la teoría de las protuberancias, como él la llama... Quiere conocer-

las, palparlas... (Haciéndole indicaciones de asentimiento á don Andrés.)
¿No es verdad?...

DON ANDRÉS. (Con enojo.)

Que sí. .

LARCÍN. (A Miguel.)

Como toda gente campesina, el señor don Andrés es desconfiado y tenaz... (Con indiferencia. Paseándose.) Sí... sí... alguna vez tendremos el placer de demostrarle, si la suerte nos depara la oportunidad...

DON ANDRÉS. (Cerrando los puños. A Miguel.)

Se está burlando de mí... y tú... ¡Por mi vida que no!...

MIGUEL.

Que sí... Calma, tío... (A Larcín.) Pues nada más fácil si quisiera usted contar un nuevo y decidido adepto... Además, que la explicación no sería desaprovechada. . No, señor doctor... En las columnas de un diario se pueden anotar las circunstancias, los detalles... Yo, por mi parte, tengo también tanto interés... y por otro lado, en fin... ¡Pero, qué casualidad!... (Señalando á Tupé que sale en compañía de don Gregorio.) ¿Necesitaba usted un caso? Ahí le tiene usted...

ESCENA XI.

MIGUEL, LARCÍN, TUPÉ, DON GREGORIO, DON ANDRÉS, ADELA, CAROLINA Y LUIS. Miguel,

Larcín y don Andrés, en segundo término, izquierda; los demás en primer término, derecha.

LARCÍN.

¿Mi íntimo amigo? ¿El compañero constante de mi labor fecunda?

MIGUEL.

Con mayor razón... por su naturaleza antitética...

TUPÉ.

A usted le corresponde, señor don Gregorio, ocupar la presidencia... la presidencia del banquete, porque es un banquete el que usted nos ofrece. .

DON GREGORIO. (A Tupé.)

¡Picarón!... (A Carolina.) Serás una excelente señora de tu casa... Mucho gusto... Buena disposición... (A Adela.) Has echado la casa por la ventana, mujer...

ADELA.

Lo requería el buen éxito, Gregorio...

DON ANDRÉS. (Alto.)

¡Que sí! ..

DON GREGORIO. (Con énfasis.)

Hemos de brindar por la libertad...

TUPÉ.

Y por las damas...

DON GREGORIO

Por el progreso...

TUPÉ

¡Bien dicho!... Hermoso párrafo .. Mas tendremos buen cuidado de no referirnos al magnífico estado de nuestros asuntos... Recuerde usted, don Gregorio...

DON GREGORIO. (Ufano.)

La síntesis de nuestra política: reserva y disimulo...

TUPÉ (Con satisfacción.)

Esa oración está en regla... (Sepárase de don Gregorio y conversa con Adela.)

DON ANDRÉS. (Alto.)

¡Que no!...

DON GREGORIO. (Volviéndose.)

¡Cómo que no!... ¡Ojalá!... ¿Mi hermano engolfado en alguna

importante discusión?... ¡Lo que puede el contacto!... (Va hacia Larcín y Miguel.)

LARCÍN. (A Miguel. Mientras pasan á primer término.)

Entonces desea usted una simple demostración científica... Que le indique la posición exterior de las protuberancias notables...

MIGUEL.

Nada más... Una explicación superficial...

LARCÍN. (Con gravedad.)

Perfectamente. Muy bien. Nos encontramos afortunadamente con el señor don Gregorio... Ahora verá usted...

MIGUEL. (Con prontitud.)

De ninguna manera... No, á mi tío no... después...

DON GREGORIO.

Que no, que no... ¡Dale con que no!... ¿Y por qué? Vamos á ver... ¿por qué?...

MIGUEL.

Se trata de probarles á los impugnadores...

DON GREGORIO.

¡Ah! Eso es otra cosa... ¡Duro sobre ellos!...

MIGUEL. (Indicando á Tupé.)

El señor está al corriente... reúne mayores probabilidades...

LARCÍN. (Con suficiencia, casi tocando con la mano la cabeza de Tupé, que se halla de espaldas conversando con Adela.)

Me es igual. Muy bien. En este pequeño espacio,—pequeño, relativamente, pues no ignora usted las grandes consecuencias que origina—consideremos, en primer lugar, la protuberancia occipital externa...

MIGUEL.

Próxima al órgano de la adquisividad que los frenólogos han evidenciado...

TUPÉ. (Aparte.)

¿Qué escucho?... (Alto. Encarándose con Miguel y Larcín.) ¡Eh! ¿órgano?... Caballero... Caballero...

LARCÍN. (Con desdén.)

¡Oh, no!... El órgano de la adquisividad...

TUPÉ. (Aparte.)

¿Hay malicia?... (Alto. A Larcín.) Poco á poco... Yo no aguanto. Tildarme á mí de...

MIGUEL. (Aparte.)

Cual si le hubiese picado un alacrán... Ya me lo esperaba.

LARCÍN. (A Tupé. Con gravedad.)

Estoy dando una lección... Préstese usted... (A Miguel.) Si eliminamos por un instante el cuero cabelludo...

MIGUEL.

Absortos quedaremos al verle patente el órgano de la adquisividad... (Aparte.) Le escuece...

LARCÍN. (Con desdén.)

¡Oh! no...

TUPÉ. (Con recelo.)

(Aparte.) ¡Qué sospecha! ¿Pero cómo habrán?... (Alto. A Larcín.) ¿Me ha tomado usted por instrumento de sus observaciones, señor mío?... Usted me insulta... ¡Usted!... (Aparte.) ¿Pero, cómo?

ADELA.

¡Ofenderlo á Tupé, Gregorio!... ¿Y no te alteras?

DON GREGORIO.

¡Es una lección!...

LUIS Y CAROLINA. (Levantándose.)

¿Qué pasa?...

LARCÍN.

¿A qué ese enojo? En una cosa trivial... de poco momento... Les estoy indicando á los señores las protuberancias...

MIGUEL.

De la adquisividad...

TUPÉ. (Con indignación.)

¡Esto es inaudito!!... (A Larcín y Miguel.) ¡Qué se figuran ustedes!... ¡Esa palabra infamante!... (Aparte.) ¿Cómo vuelvo la hoja?... (Alto.) ¿A mí con esas?... (A Larcín.) Cuando usted... usted... (A don Gregorio.) ¡En su propia casa, señor don Gregorio!... ¡Señora!... ¡Y ustedes consienten!... Esto es decirme que me vaya... Pues bien... ¡me iré!... (A Larcín.) En cuanto á usted que ha pretendido... Esa palabra... ¡Si no mirara!... ¡A un hombre como yo!!...

LARCÍN.

Absolutamente... Mi intención... Créame usted...

ADELA.

Esto no se puede tolerar... ¿Delante de nosotros?...

DON GREGORIO. (A Tupé.)

¡Qué habla usted de irse, hombre!... Se trata de probarles á los impugnadores...

TUPÉ. (Indicando á Larcín y procurando acercarse á la puerta izquierda del fondo.)

A él.. ¿Lo ven? Se sonroja... Yo sé porqué... (Ap.) Como pueda dispararme...

DON ANDRÉS (A Miguel. Cerrando los puños)

Hablemos francamente...

MIGUEL.

Calma, tío...

TUPÉ. (Adelantando hacia la puerta.)

Mírenle detenidamente.. Fijense ustedes en él y verán.. Yo sé... Verán patentizado en él...

LUIS. (A Carolina.)

Ya me doy cuenta... Lo mismo que á mí... (A Tupé, impidién-

dole salir. Con ingenuidad.) ¿Le han declarado á usted asesino y ladrón, verdad?

TUPÉ. (Tratando de escapar.)

¡Quite usted allá!... ¡A él!... (Señalando á Larcín.)

DON ANDRÉS. (Sujetándolo.)

Yo no aguardo... (A Tupé.) No... usted... ¡usted! (A los demás.)
¡Es un impostor!

TUPÉ.

¡Ay!

DON GREGORIO.

Vamos á cuentas... ¿Es lección, ó no es lección?...

MIGUEL.

Sí, tío... La adquisividad...

DON ANDRÉS. (A Tupé, que hace esfuerzos por saltarse.)

No... usted... usted... (A los demás.) Fué él... Yo lo ví...

LUIS. (A Carolina.)

¿No lo decía yo?... ¡Y qué manos tiene!... ¡Sopla!...

CAROLINA.

Pero, mamá... Luis.. ¿qué es esto?...

ADELA.

Picardía... Conducirse con el doctor Tupé de esta manera... ¿Que no ves lo que hace tu hermano, Gregorio? ¿Y tú, Miguel?... ¡Dios mío!... En nuestra casa un escándalo...

DON GREGORIO.

¡Calla, mujer!... Vamos á cuentas... ¿Qué embrollo infernal es éste?

DON ANDRÉS. (Dirigiéndose á Adela.)

Yo los ví juntos á los dos cuando...

ADELA. (Aparte Desolada.)

¡Ay! Nos ha sorprendido... Va á revelarles...

DON ANDRÉS.

Cuando recibía el cheque... (A Tupé, que continúa forcejeando.)
No... No se escapará...

DON GREGORIO.

¿El cheque?... No comprendo...

LUIS. (A don Gregorio.)

Tiene unas manos de hierro... Le quebrará el brazo... La nueva ciencia es humanitaria, señor...

TUPÉ.

¡Ay! Por favor... Le juro á usted..

LARCÍN. (A don Andrés.)

Permítame usted...

MIGUEL.

Déjelo, tío...

DON ANDRÉS.

¿Para que se escape? ¡No!

DON GREGORIO.

Esto ya es insoportable... Tratarlo á mi amigo así... Es un exceso... Está bien que como ensayo... como una lección... Déjale, torpe... Entrégale á Larcín... Lo que no comprendo es...

LARCÍN.

Permítame usted, don Andrés...

MIGUEL.

Déjelo, tío... No importa ya...

DON ANDRÉS.

¿Entregarle? Sí, á la policía... ¡por ladrón!...

TUPÉ.

¡Ay de mí!

CAROLINA.

¡Que crueldad! Tío, no diga usted... Tratarle de ladrón..
¿A Tupé, papá?

LUIS

Lo que yo decía... (A don Gregorio.) La nueva ciencia es humanitaria... Le va á romper el brazo...

TUPÉ. (Con desaliento.)

(Aparte.) La única esperanza que me resta... (A Miguel.) Aquí tiene usted... (Saca el cheque y se lo entrega.) ¡Que me quiebra usted el brazo!., Suélteme usted... Me declaro...

ADELA. (Aparte.)

¡Ah! No era... lo que yo suponía...

MIGUEL. (Recibiendo el cheque. Don Andrés se lo quita.)

Se declara usted culpable...

TUPÉ. (Forcejeando.)

No... No soy culpable... Sea usted más humano... Soy un mono... ¡inferior! ..

DON ANDRÉS. (Soltándole con repugnancia.)

¡Un mono! ¡Ah!...

LARCÍN. (Con gravedad.)

¡Señores!... ¡Ved ahí al hombre-mono!... ¡Es irresponsable!...

ADELA. (Tapándose la cara con repugnancia. Aparte.)

Yo... ¡con un mono!... ¡Qué horror!!...

CAROLINA.

¿Un mono? ¡Qué disparate!... ¿Pero, doctor?...

LUIS.

Hasta ahí no llegué yo...

TUPÉ. (Aparte.)

Ya respiro... Ahora me la pagará... Él tiene la culpa. .

DON GREGORIO.

¿Se confiesa usted un mono?... Si no me explican ustedes...

TUPÉ.

(Aparte. Mirando á Larcín.) Él ha sido el instrumento... (Alto.)

Me declara irresponsable... ¡un irresponsable!... ¡Él!... ¡Cuando tiene por demás desarrollada la protuberancia, signo característico del plagiario!...

LARCÍN. (Volviendo la cara. Aparte.)

¡Oh!! Bien me lo temía yo...

MIGUEL.

¿Doctor Larcín?...

LARCÍN.

La inoculación de algunas líneas del libro del doctor Lombroso, en el curso de mi exposición...

TUPÉ.

¡Pasajes enteros!...

LARCÍN.

Usted me aconsejó...

TUPÉ.

Y usted le inculó al señor don Gregorio...

DON GREGORIO.

¡A mí!...

MIGUEL.

¿Conque el informe está compuesto de retazos?

TUPÉ.

¡Es un plagio grosero! Tiene muy desarrollada la protuberancia que revela al plagiario... ¡Es irresponsable!!... ¡Agur!... (Sale precipitadamente.)

DON ANDRÉS. (Hace que va á seguirle, detiénese en la puerta y exclama:)

No.. ¡Es un mono!...

ESCENA XII.

MIGUEL, LARCÍN, D. GREGORIO, D. ANDRÉS,
ADELA, LUIS, CAROLINA.

LUIS. (Señalando a don Gregorio y Carolina.)

¡También Larcín!... Y luego usted... y tú... y todos...

LARCÍN. (A Miguel y don Gregorio.)

Les diré á ustedes...

MIGUEL.

¡Qué revelación!... Usted, apóstol de la nueva doctrina, satélite brillante del sabio más ilustre... usted posee también una anomalía craneana... ¡Ahí que no es nada!...

LARCÍN.

Esa protuberancia no existe... Es incierto... No me vengan á mí con que... ¿Dónde está mi sombrero?... No está científicamente demostrada... ¡Están inventando huesos... falsos!... Han hecho causa común... Buen provecho les haga... ¿Pero, dónde está?...

DON GREGORIO.

Hablemos claro... ¿Qué es lo que pasa? Esto no puede quedar así... Tupé ha huido... dice que es mono... Yo no sé... Y usted... ¿es el autor del informe, sí ó no? ¿Es usted irresponsable, sí ó no? Vamos á ver... yo me pierdo... ¿quién es irresponsable?... Si no me explican ustedes...

LARCÍN.

No, señor, soy yo... Tupé lo ha engañado á usted... No, no soy yo... lo otro... Tupé... quiero decir...

DON GREGORIO.

¿Es decir que me ha engañado? ¿Que la carta del que maneja los títeres?...

MIGUEL. (Asombrado.)

¿La carta del que maneja los títeres?... (Aparte.) Mi tío está trastornado...

DON ANDRÉS. (Levantándose.)

¿Qué dices?

LUIS. (Aparte.)

¡No lo decía yo!... Cuidado con las manos...

LARCÍN.

No quieren creerme... Tupé le ha engañado... El autor soy yo...

DON GREGORIO. (Sacando la carta.)

¡No puede ser!... ¡Es autógrafa! Léanla ustedes...

ADELA. (Levantándose.)

¿Qué carta es esa, Gregorio?

MIGUEL. (Después de leer.)

Usted... ¿Es posible? Pero, señor... ¿candidato á la presidencia de la República?... ¿Qué nueva infamia es ésta?

DON ANDRÉS.

¡Gregorio presidente!... Malhaya el maldito mono... ¡y que no le haya roto las costillas! Entonces, ya no eres diputado..

DON GREGORIO. (Enojado.)

¡Candidato de transacción!...

ADELA.

No, á diputado no más... Dame la carta...

MIGUEL. (Sonriendo.)

Aunque así fuera... ¡Mi tío candidato!.. ¡Aprieta!...

LUIS.

¡Es un colmo!...

CAROLINA.

Conque no es...

DON GREGORIO.

¡A presidente!... Me están aturrullando ustedes...

CRIADO. (A don Gregorio.) (Entra un criado.)

Señor, las tarjetas...

DON GREGORIO.

¡Ay, las tarjetas, que ya no me sirven!... Dinero perdido...

ADELA. (Recibiendo las tarjetas.)

Á diputado... ¿Lo ven ustedes?... Aquí están las invitaciones...

(Vase el criado.)

MIGUEL. (Tomando una tarjeta.)

¿Invitaciones?... (Lee.) «Gregorio Sobrantes, diputado nacio-

nal, tiene el placer de invitar á Vd. á tomar una taza de té en sus salones calle de..., el día 15 del corriente á las 8 p. m. R. S. V. P.—¡Ja, ja, ja!... Pobre viejo... (A don Gregorio.) Pero, señor... ¿cómo ha podido usted creer?... ¡Ja, ja, ja!... (A Larcín.) Otra anomalía craneana, de especie pacífica... (Con sorna.) ¿Me hará usted el favor de decirme, señor doctor, qué nombre lleva en su catálogo de las protuberancias?...

LARCÍN. (Cogiendo su sombrero.)

¡Calle usted! Usted no sabe lo que se dice... Eso no está científicamente demostrado.. Yo me voy... Buen provecho.. ¡Qué sabe usted de estas cosas!

MIGUEL. (Con intención.)

A lo menos, señor doctor, me ha de conceder usted que... respecto á su conformación... por aquello de la *adaptación* y la *selección*... de los párrafos de Lombroso...

LARCÍN. (Pasando á segundo término.)

¿Pretende usted burlarse?... ¿Qué sabe usted? La naturaleza humana... la nueva doctrina... el progreso... la sociedad... ¡Eso, eso!... ¡Usted no sabe nada! ¡Pacato... pusilánime!... Yo me voy... Túpe les ha engañado...

MIGUEL.

¡Ya! Han descubierto ustedes el secreto de la naturaleza humana... ¡Qué necias pretensiones! ¡El progreso! ¡El adelantamiento de la sociedad!... Diga usted antes bien la decadencia de la sociedad cuando aparecen teorías tan peregrinas como destituidas de todo fundamento... (Animándose.) ¡Y no hemos de burlarnos!... Sí, nos burlamos de los que consideran al hombre menguado heredero de mono, máquina ó bestia humana, negándole la posesión divina que le hace libre, grande y noble!... Nos burlamos de los que en vez de levantarle á mayor dignidad y sabiduría, le empequeñecen y le afrentan!... Sí, nosotros, los ignorantes y pusiláni-

es que aun tenemos la debilidad de guardar las creencias y la fe de nuestros padres, que amamos por instinto lo verdadero y lo bueno, nos burlamos de esas excentricidades científicas, que á lo único que conducen es á hacernos aborrecer la existencia! ¡Nosotros, los que admiramos y reconocemos á los que nos perfeccionan, á los que nos guían hacia la luz, á los que alientan y fortifican nuestro espíritu con sus generosas y nobilísimas inspiraciones!... Pero, váyase usted, que le tiene mejor cuenta... El público ilustrado le hará á usted la justicia que merece. No tardará su fallo. ¡Ojalá le aprovechase, ya que es el primer ensayo en ciencia humanitaria que usted hace, el cual, por cierto, ha sido una excelente demostración!... ¡Se han lucido usted y las protuberancias!... ¡Ja, ja, ja!...

LARCÍN. (Dirigiéndose hacia la puerta del fondo, izquierda.)

¡Cállese usted!... El alma, la conciencia, la libertad... No diga usted sandeces... ¡Qué sabe usted! ¡Son pataratas! No me canso de repetirlo... Son farsas ridículas, antiguallas, polilla que ha aventado la nueva doctrina... ¡La nueva doctrina, que hoy reina victoriosa sobre las ruinas de esas vanas preocupaciones!... El elemento interno es una ficción... ¡Somos máquinas! mas que usted se rasque... ¡Qué sabe usted! ¡Cállese usted!... ¡Alucinado!... ¡Mentecato!...

DON ANDRÉS. (Dirigiéndose á Larcín.)

El que callará será usted... Impertinente.

CAROLINA.

¡Jesús! ¿Qué nueva porfía es ésta?

LUIS.

Aun faltan otras... Ya lo verás...

DON ANDRÉS.

¿Qué? ¿No se avergüenza usted en llamarse máquina?

LARCÍN. (Ganando la puerta.)

¡Eh! Gandul... ¡Ignorantón!

MIGUEL.

Calle usted, tío... Son desahogos irresponsables... Demasiado tiene con la rechifla que le aguarda... y la *característica* que le acompaña... ¡Y cuidado que la tal es abultada!... ¡Ja, ja, ja!

LARCÍN. (En la puerta.)

¡Limitado!...

DON ANDRÉS.

¡Animal!...

LARCÍN.

Sí, señor... á mucho honor... perfeccionado; y usted...

DON ANDRÉS: (Dirigiéndose á Larcín con los puños cerrados.)

¿Yo, animal?

LARCÍN.

¡Animal imperfecto!... (Vase.)

DON ANDRÉS. (Apretando los puños.)

¡No sé cómo!... ¡Habrà cosa!...

ESCENA ÚLTIMA.

MIGUEL, D. ANDRÉS, DON GREGORIO, ADELA,
LUIS Y CAROLINA.

CAROLINA. (A don Andrés.)

Tratarse de animales; pero, señor ..

DON ANDRÉS (A Miguel.)

Conque la ciencia consiste...

DON GREGORIO. (A don Andrés.)

¡Dale con la ciencia! Desde que dicen que son monos, y máquinas, y... ¡qué sé yo!... Yo que creía eran gente... Lo que no alcanzo á comprender... (A Adela.) ¿Es decir que la carta no es del que maneja los títeres?...

ADELA.

Es de Tupé. Bien conozco yo su letra... ¡Picarote!...

DON GREGORIO. (Con enojo.)

¡Marrullero!... Vaya una emergencia en la que me ha en-
vuelto...

MIGUEL.

Recobre usted su ánimo... Deseche esas ideas que le han *inoculado* para estafarle; abandone esas ridículas ilusiones de su vanidad y flaqueza de espíritu. Tupé no es más que un embaucador que ha abusado de su... confianza; uno de tantos que viven á costa de la sencillez de las personas como usted...

DON ANDRÉS.

Mi corazón rebosa de felicidad. ¡Ya no volverán!... (Aparte.)
Y, por lo que hace á Adela... nadie lo ha sabido, ni lo sabrá.

DON GREGORIO.

¡Si no vuelvo de mi asombro! ¡Bendito sea Dios! ¡En lo que habían parado sus generosos ofrecimientos!... Entonces, crees tú...

MIGUEL.

Que la única presidencia que debe usted ocupar, es la de su casa, y dominar en ella como rey que es... de la creación!...

DON GREGORIO.

Por fortuna sólo he perdido las tarjetas... Te aseguro que desde hoy... Muchacho... ¡abrázame! (Se abrazan.)

DON ANDRÉS.

Y á mí, Gregorio .. ¿no me dices nada? (Presentándole el cheque.)
¿Yó, que te he salvado... la borrega?.

DON GREGORIO. (Conmovido.)

¡Mi querido hermano! (Se abrazan.) Y á mi morronga... (Dirigiéndose á Adela.) y á estos mozalillos... (Dirigiéndose á Luis y Carolina.)

LUIS.

Nosotros sí que seremos *responsables*. señor don Gregorio...
Le prometo á usted... (A Carolina.) Le prometemos, ¿verdad,
Carolita?

MIGUEL.

Así se recogieran en la paz del hogar, como usted, algunos
que andan sueltos á caza de elevadas posiciones y especta-
bilidad social, sin más merecimientos ni condiciones que el
dinero y...

DON ANDRÉS. (Interrumpiéndole.)

Y la borrega... Supongo, ¡eh!

MIGUEL.

Y la borrega, ha acertado usted,—ó el favor corruptor
que les dispensan *los que manejan títeres* en esta época...

DON GREGORIO. (Interrumpiéndole.)

Gregoriana... ¿no es así?

MIGUEL.

¡Gregoriana!... ¡Bravo, tío!... Con ello, ¡cuánto no ganaría
la sociedad!

FIN DE LA COMEDIA.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES DE LA
«COMPañIA SUDAMERICANA DE BILLETES DE BANCO,»
EL DÍA 4 DE JUNIO DE 1892.

